

Marcelo
BIRMAJER

**UN CRIMEN
SECUNDARIO**

Lectulandia

Miguel Ángel Tognini, un adolescente muy sociable, y su mejor amigo Guillermo Aslamim van a la misma escuela. El Banco Restive de la ciudad en la que habitan y al que los adolescentes concurren a pagar las cuentas enviados por sus padres ha sido robado y estos dos jóvenes deciden investigar el hecho por iniciativa propia. Extraños sucesos comienzan a presentarse, la gripe de uno de los empleados del banco, un billete marcado aparece misteriosamente en la escuela y comienzan a pensar que el ladrón se halla cerca de ellos. El sable del General San Martín estará involucrado.

Lectulandia

Marcelo Birmajer

Un crimen secundario

ePub r1.0

Ariblack 30.08.14

Título original: *Un crimen secundario*

Marcelo Birmajer, 1992

Ilustraciones: Rafael Segura

Editor digital: Ariblack

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Dany y Edu, con quienes,
cuando llegaba el verano,
por la cantidad de materias
que nos habíamos llevado,
decíamos:
«Bueno, empezaron las clases».

Tenían 14 años
y se aburrían,
descubrieron un
secretos y fue ese
su tesoro.

- una aventura rara -

A su alrededor el mundo
era escuela y trabajo
ellos inventaron un recreo
para toda la vida.

Marcelo Birmajer

Barbarroja y el caballero

Son las diez y media de la mañana y estoy en la clase de francés. Como se darán cuenta, no presto la menor atención. Prefiero contarles lo que me vino ocurriendo estas últimas semanas. En cualquier momento la profesora me hará una pregunta y tendré que interrumpir el relato, pero ustedes no lo van a notar: pienso pasar estas hojas a máquina y armar un texto ininterrumpido, con principio y fin. Y también haría falta un prolegómeno. Una explicación de por qué Aslamim me ayudó en este caso. Para eso voy a tener que hablarles un poco de la otra historia, de la grande, la de Julio Cesar, Napoleón y San Martín; y, por supuesto, de Aslamim.

Bien. Guillermo Aslamim, 14 años, DNI 17998675, descendiente de musulmanes, afortunado y vago, es mi mejor amigo. Somos tan amigos que no compartimos casi ninguna afición. Aslamim, (nos gusta a los dos llamarnos por el apellido) huye del sacrificio, detesta hacer deporte (aunque suele ir a la cancha) y no dedicaría su tiempo a resolver una intriga policial aunque le hubiesen robado un millón de dólares.

Yo no puedo vivir sin correr todas las mañanas dos vueltas alrededor del Parque Centenario, no concibo un logro sin el sudor de mi frente y suelo meterme en lo que no me importa.

Aslamim y yo pertenecemos claramente a dos grupos distintos.

Aslamim es del grupo de los afortunados; esa gente que, en el supermercado, siempre está en la cola de los que avanzan más rápido. Aslamim tiene suerte con todas las chicas, créanlo, es así. Con todas. Si a ustedes les gusta una chica, tengan por seguro que a ella le gustaría Aslamim. Como no puede salir con todas, algunas quedan para el otro grupo, el mío.

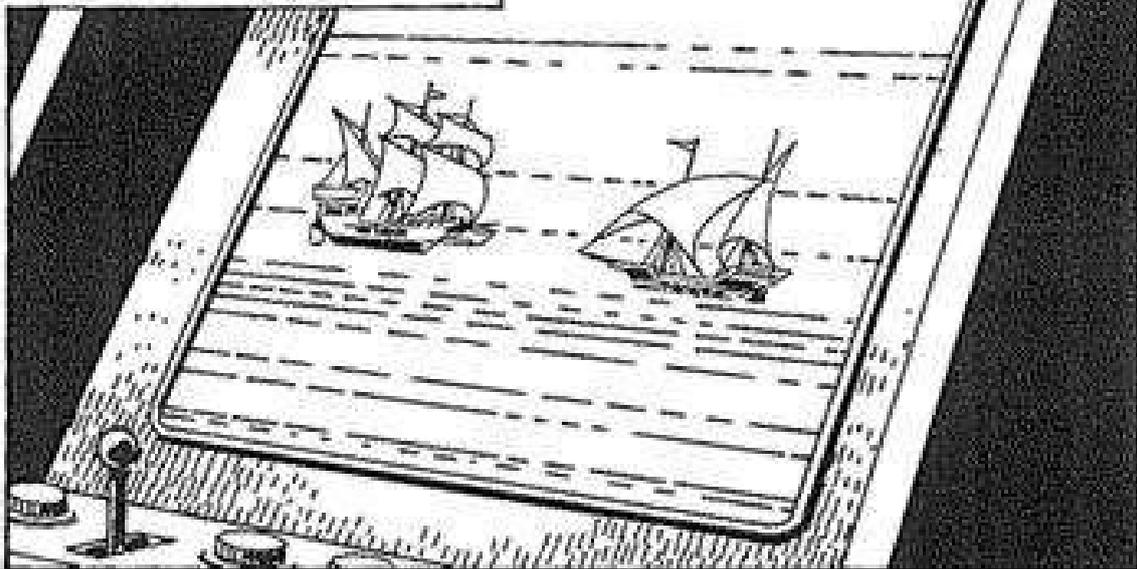
Pertenezco al grupo de los sacrificados: los que aceptan la tesis de que el hombre fue expulsado del paraíso y, con mucho esfuerzo, puede volver de vez en cuando. (Hay chicas a las que les gusta este tipo de gente. Tuve una novia llamada Vanesa que se acercó a mí cuando se enteró que había llegado tarde al colegio por batir mi propio récord en vueltas al Parque Centenario).

El lunes once de julio, en la clase de *Historia*, el profesor Ulises Feuer nos contó que en uno de los tantos siglos pasados (la ignorancia de siglo exacto fue uno de los motivos del triqui (3) que me saqué en la prueba) los venecianos y los turcos estuvieron en guerra. La máxima autoridad de los venecianos era el Dux, y la de los turcos el Sultán. El más grande guerrero turco era Barbarroja; y si bien los venecianos tenían su flota de guerra, a quien más temían los turcos era a los fabulosos guerreros de la *Orden de Malta*, originarios de una pequeña isla de piedra, cercana a Sicilia, algo así como el séptimo de caballería del mar, del lado de los europeos. Aclaro que casi toda Europa estaba en guerra con el Islam en aquel ignoto siglo, pero ni bien Aslamim y quien les escribe escuchamos lo de venecianos y turcos, nos

personificamos. Porque, aprovecho para presentarme, mi nombre es Miguel Ángel Tognini, soy descendiente de italianos, y de todas las ciudades que no conozco, prefiero Venecia.

Con Aslamim nos aburríamos poderosamente en la escuela, y nos estrujamos la cabeza buscando formas de no perder todo el tiempo. El juego de personificación histórica es uno de nuestros mejores inventos. Y la clase de historia en cuestión era perfecta para aplicarlo. A partir del 11 de julio, las batallas navales fueron entre Barbarroja y uno de los *Caballeros de la Orden de Malta* (fíjense que mientras Aslamim, afortunado, era el gran Barbarroja, a mí, sacrificado, me tocaba ser solo «uno» de los Caballeros). Y un gran detalle, el más importante, era que los turcos tomaban prisioneros venecianos y los hacían esclavos, y viceversa. Por tanto, con Aslamim coincidimos en que podía divertirnos mucho estar cada uno una semana en el territorio del otro: siete días Barbarroja en Venecia y siete días el Caballero de la Orden de Malta en, por ejemplo, Argel.

IMAGINABA AQUELLO
COMO UN VIDEOJUEGO
EN EL QUE LOS BARCOS
SE ENFRENTABAN...



PARA ATRAPAR UNAS
VECES A BARBARROJA-
ASLAMIN EN VENEZIA...



Y OTRAS, A MÍ, AL
CABALLERO TOGNINI,
EN LAS ARENAS
DE ARGEL.



LETRAS: JULIANA PAVIA

Durante esa semana, al que le tocara ser prisionero estaría a las órdenes del otro. La esclavitud consistía en hacer todo lo que el otro quisiera, exceptuando puntos intocables aclarados de antemano. Aslamim no podía pedir que lo acompañe a la cancha a ver a Huracán, el domingo, porque a esa hora tengo mi propio partido de fútbol. Y yo no le podía pedir que se hiciera la rata conmigo, porque con una falta más Aslamim quedaba libre. Por lo demás, cada uno obligó al otro a realizar cosas francamente contrarias a los respectivos caracteres. Aslamim, por ejemplo, en el período de su esclavitud, se vio obligado a ayudarme a resolver el caso del *Robo en el Banco Restive*.

El robo

EL lunes ocho de julio, tres días antes de la decisiva clase de turcos y venecianos, uno de los títulos del diario *Mañana* informaba:

ROBAN EL BANCO RESTIVE

EL BOTÍN ALCANZA EL MILLÓN DE DÓLARES EN PESOS.

Y en letra más chica:

El robo se produjo por la noche. No hay pistas de los autores. Los billetes están marcados.

Seguía un listado de la numeración de los billetes robados.

Yo no soy de leer el diario, pero en *Castellano* tenemos una hora dedicada a su lectura, e incluso a escribir un comentario si una nota nos interesa. La noticia no me hubiese llamado la atención de no ser porque ése es el banco donde pago las cuentas atrasadas. Mi mamá y mi papá son de esas personas a las que se suele llamar bohemias, él es sicólogo y ella da clases de pintura; se acuerdan de pagar la luz, el gas y el agua cuando ya es tarde, y ahí estoy yo en el banco Restive, que cobra impuestos y tiene abierto hasta las ocho de la noche. Mi hermana nunca puede hacer la fila y el trámite porque «tiene que estudiar». Cuando yo aún no había entrado en el secundario y mi hermana sí (tiene dieciséis años), se me consideraba con más tiempo libre. Entrar el secundario no me ha salvado: además de estar realmente más ocupado, siguen endilgándome los mandados porque ahora mi hermana «ya está pensando en la facultad». No quiero saber el tipo de trabajos pesados a los que me van a condenar cuando a mi hermana se le ocurra tener un hijo. De todos modos, exceptuando sus amistades y afectos, sus costumbres y su forma de ser, mi hermana es la persona más interesante que conozco. Comparto con ella lo mismo que con Aslamim: nos gustan cosas distintas. Pero coincidimos cien por cien en un vicio infantil: nos fascinan ciertos juegos electrónicos. Ella es fanática del PacMan y yo del Gálaga; de esto voy a hablar más adelante. Lo importante de este capítulo es explicarles que después de haber ido todos los meses al Banco Restive, hacer cola, hablar con la gente y los empleados, el robo me impresionó como si hubiesen asaltado a un vecino querido. Yo no tengo ningún vecino al que realmente quiera, pero supongo que alguno de ustedes sí, de modo que háganse a la idea y transmítanlo. La nota del diario no informaba mucho más que el titular. No había víctimas. Guardé el recorte y me olvidé del tema

hasta el martes 12 de julio, fecha en que pagué la boleta vencida de luz. En el banco los empleados me conocen, si supieran preguntar algo más que «cómo te trata el secundario», creo que incluso podríamos charlar.

Uno solo de ellos, Antonio, era capaz, a veces, de preguntarme si leía algún libro, pero como no lo hago, la conversación se malograba. Una vez me recomendó *La Máquina del Tiempo*, de H. G. Wells, pero yo ya había visto la película. Ese doce de julio hablaríamos de algo interesante. Mi comentario debía ser breve y conciso, porque la conversación duraba tanto como el cortado, sellado y devolución de la boleta. Tenía un par de minutos para hacer la pregunta del año. Mi fila desembocaba en la ventanilla del medio, la del empleado Rafael; a su derecha estaba Teresa, pero a su izquierda, donde debía estar Antonio, había otro empleado. Demoré el momento lo más que pude; antes de meter la mano en el bolsillo para sacar la boleta, pregunté:

—¿Qué tal el robo?

—Bien, gracias —me cargó Rafael.

—¿Se supo algo más? —pregunté entregando la boleta.

—Nada, lo que salió en el diario —cortó la boleta Rafael.

—¿Y Antonio? —pregunté.

—Está enfermo. Gripe —contestó, sellando y devolviéndome la boleta.

Cuando me guardaba el recibo, a mis espaldas, escuché la voz de Rafael: «Cómo te trata el secundario».

Salí del Restive frustrado. Había guardado la esperanza de que algún dato más, por mínimo que fuese, me sería dado por mis amigos del banco. ¿Para qué servía soportar mes a mes la misma pregunta, si no podía lograr, por única vez, una insignificante respuesta?

A Moisés lo abandonaron sobre las aguas de un río, pero ese triste comienzo lo llevó a una aventura gloriosa. El Marco de *De los Apeninos a los Andes* cruza descalzo y sin provisiones medio planeta, pero es un héroe. Yo sufría y vencía filas monumentales todos los meses, y no era más que uno de éstos que hacen filas todos los meses.

No podía creer que los empleados supieran solo lo que había salido en el diario. Tenía la certeza, además, de que Antonio sí habría soltado información. Muy poca, seguramente, y quizás con una condición, es decir, me habría contestado: «Sí, sé que los ladrones eran tres, pero por qué, si tanto te interesa el tema de los robos, no lees esa novela que...», pero lo hubiera hecho.

El banco queda justo en Bartolomé Mitre y Esmeralda, sobre Bartolomé Mitre. Así que imagínenme caminando por Esmeralda hacia Diagonal Norte, con las manos en los bolsillos, completamente decepcionado y refunfuñando. Insultando mi suerte camino al obelisco, preguntándome si alguna vez los empleados del Restive me habían tenido realmente en cuenta, si no me había apresurado a calificar de amigable

esa relación. Si incluso Antonio no le recomendaría libros a todo el mundo, Y que tal vez Aslamim no me consideraba a mí su mejor amigo; y que muy posiblemente mis padres preferían a mi hermana, puesto que me sacaban de casa con la excusa de los mandados, y mi hermana misma no podía quererme y querer también a los batracios de sus amigos, dos no cabíamos en su corazón, y yo quedaba afuera. Son pensamientos que se reúnen a veces en mi cabeza, en especial un viernes a la noche cuando luego de un largo tiempo de fila a pleno frío no se me contesta una miserable pregunta. De todos modos, aunque les cueste creerlo, en esos momentos, cuando sufro el síndrome de «nadie me quiere», se me ocurren las mejores ideas. No tengo la explicación a este fenómeno. En esta ocasión planeé decirle a la profesora de *Castellano* que deseaba escribir una composición sobre el robo al Restive y preguntarle si me podía conseguir una autorización para hablar con el gerente.

Si ustedes tienen entre 14 y 17 años, les voy a contar un secreto de mucha ayuda: en la secundaria, basta con fingir que a uno le interesa una materia para que se le abran innumerables puercas. Podes sacar muchos diez en, por ejemplo, *Geografía*; pero el profesor realmente te va a amar cuando en la clase sobre la Mesopotamia, preguntés: «¿Y no podría recomendarme algún libro que hable específicamente de este tema?, porque el manual le dedica un solo capítulo, y a mí todo lo que sea Mesopotamia me fascina». Quien tenga el tupé de mentir tan descaradamente, verá como al profesor le brillan los ojos, interrumpe la clase y acercándose con pasión al pupitre del osado, anota en un papel toda la bibliografía al respecto, le recomienda bibliotecas y se pone a su disposición.

Con dos años de secundario puedo asegurarles que no hay excepciones a esta ley. No hay profesor que se resista. Por algún motivo, las preguntas que exceden el programa los entusiasman hasta el delirio. Fue así que al día siguiente a mi visita al banco, 13 de julio, manifesté mis deseos a la profesora de *Castellano* y la misma, señora Achaga de Tiraboqui, sofocado el asombro, removió cielo y tierra para conseguirme la entrevista con ese gordito de anteojos que resultó ser el simpático gerente del banco Restive.

La charla con el gerente

La charla con el gerente se produjo el lunes 18 de julio por la noche. Como dije, el gerente rezumaba simpatía, o, para ser más exactos, cortesía. Reparo en su aspecto físico porque se ajustaba plenamente a su carácter. Decir flaco o gordo, no define. Hay tipo de flacos y tipos de gordos. Sé que estoy clasificando con un exceso de rigidez pero creo, y lo lamento, que la humanidad se compone de una serie de estereotipos sin demasiadas variantes. Hay flacos como el actor cómico Tristán que son, decididamente, más ridículos que el gordo Porcel. Hay gordos como Bud Spencer, el temible compañero de *Tríniti*, a quien uno elegiría como héroe antes que a mil estilizados adonis. Pero prefiero seguir mi disquisición con el contexto que señala el título de este capítulo. La charla con un gordito tan simpático como el que les he descrito tiene que haber sido, como estarán imaginando, gordita y simpática, vale decir, inútil. Y a grandes rasgos así fue. Pero los gorditos simpáticos de las características de nuestro personaje tienen una gran virtud: se equivocan. Si actuaran correctamente todo el tiempo, nadie les dirigiría la palabra, pero cuando sin querer hacen algo indebido, nos provocan risa o placer y da ganas de volver a verlos.

No sólo los profesores se hinchan de felicidad cuando uno se interesa en su materia, también los jefes de museos, fábricas y bancos son capaces de hablarnos durante horas de la propiedad o el lugar a su cargo.

El gerente, de nombre y apellido Osvaldo Porta, hizo caso omiso de mi pregunta sobre el robo y me aplicó una pesada perorata acerca de que ese banco existía desde la época de la colonia, las paredes estaban hechas con material traído de España y él estaba orgulloso de ser el gerente de un banco con semejante historia y prestigio, más aún, «de que un escolar esté dispuesto a plasmar en su hoja de carpeta la trayectoria de un banco líder y la impronta de un anónimo servidor del campo de las finanzas». Antes de que iniciara un discurso sobre la historia de sus antepasados, le recordé el motivo de mi visita:

—Bueno, pero del robo, ¿qué más me puede decir?

—Leyó lo que salió en el diario ¿no? —dijo sin tutearme—. Bueno, eso es todo.

—¿Y de Antonio, sabe algo?

—¿Antonio? —preguntó sorprendido.

—Antonio, no sé el apellido, el empleado. Me dijeron que estaba enfermo.

—Ah, sí, una gastroenteritis. Se está mejorando.

Y así, más o menos, terminó la conversación. La equivocación del gerente, enfermar a Antonio de gastroenteritis, cuando Rafael lo había enfermado de gripe, me dio qué pensar. Decir gastroenteritis y gripe, no es lo mismo que decir fiebre y gripe. Fiebre, resfrío y gripe, es todo lo mismo. Pero gastroenteritis tiene otro nivel, nadie la puede usar de sinónimo de gripe. Por tanto, otra vez fui caminando por Esmeralda

hasta Diagonal Norte, con las manos en los bolsillos pensando que el gerente o Rafael, o los dos, habían mentido. Quizás Antonio no estuviese enfermo. De todos modos, no fue esta simpática trastabillada del gerente la que me lanzó de lleno a la investigación de este crimen secundario.

El detalle que faltaba

Al día siguiente de mi charla con el señor Porta, mientras corría por el Parque Centenario, a eso de las siete de la mañana, pensé: «Ahora viene la peor parte, escribir la composición». Por lo general, cuando corro, arreglo el mundo. Es otro de mis estados de mayor lucidez, encuentro ideas resolutivas. No sé si es algo ligado al oxígeno y su mejor llegada al cerebro cuando uno se agita. Así y todo, corriendo, no se me ocurría una sola palabra para la composición. Solo pensaba: la composición es la peor parte. ¿Qué podía decir: que el gerente era gordo, que las paredes eran coloniales, que Antonio se enfermaba de a dos males por vez? Nada, no tenía material ni ideas. Volví a mi casa para bañarme y desayunar antes de salir para el colegio. Mi papá ya se iba, le pedí plata. No tenía cambio. Me dejó un billete inmenso, de cincuenta pesos, me pidió por favor que gastara como siempre y le reintegrara todo el vuelto. Mi hermana ya estaba terminando el café con leche y podíamos salir juntos. Le gritamos chau a mamá, que no podía moverse del atelier, y cada cual tomó su colectivo. En el viaje tampoco se me ocurrió nada.

Ese mismo día terminaba una semana bajo las órdenes de Aslamim y cambiaban los roles. En su último día de amo semanal, Aslamim se portó bien. Solo me pidió que hiciera de cadete: comprarle un sandwich, conseguirle cigarrillos, avisarle cuánto faltaba para que sonara el timbre, cosas así.

En el recreo previo a la clase de castellano, Aslamim me pidió que le comprara una gaseosa. Antes debía pasar a buscar la plata (porque pagaba él) guardada en su saco, en el aula. Para no ir hasta el aula, dije que le prestaba la plata y fui a comprársela, Ignacio, el cincuentón que atiende el buffette, agarró mi billete de un montón de plata, lo metió en la caja registradora, y me dio la gaseosa. Después volvió a la caja y buscó el vuelto. Buscó y buscó, no tenía cambio.

—Tengo tres billetes como el tuyo, y con los más chicos no llego al vuelto. Toma —dijo devolviéndome el billete— me la pagas mañana.

Llevé la gaseosa a Aslamim y le dije:

—Tomá. Mañana le tenés que pagar.

Sonó el timbre.

—¿Por qué? —preguntó.

—Ignacio no tenía cambio.

—No vale que pague yo —dijo—. Ésta era una prenda que te tocaba a vos. Anda a buscar cambio a mi saco y págale.

—Ahora no puedo —dije—. Después del timbre, se cierra el buffette. Mañana te toca estar en Venecia, tenés que pagarle vos.

—No —dijo.

Discutimos. No nos poníamos de acuerdo acerca de qué decía nuestro trato en

casos como éste. Al entrar el aula suspendimos la pelea, pero no la terminamos. Le pedí a la profesora el tiempo de la clase para escribirla composición. Saqué el recorte de diario de mi mochila e intenté escribir algo. Miraba y miraba el recorte, sin ideas. Recorría la escueta noticia y las aburridas numeraciones de los billetes, y mi cabeza estaba vacía. La voz enojada, susurrante, de Aslamim, detrás de mi banco, dijo:

—No te creo lo del cambio, no querés cumplir. A ver, mostrame el billete.

Saqué el billete y lo puse sobre el banco. Aslamim calló. Noté que el billete estaba arrugado, viejo, no era el que me había dado mi papá. Ignacio me había dado uno de los de su caja registradora. Miré otra vez el billete. Estaba desconcentrado. Me obligué a mirar el recorte. Logré pensar un rato en la composición y la vista se me fue hacia el billete. Iba a guardarme el billete cuando un último vistazo al recorte hizo que no pudiera ver más nada. Se me llenaron los ojos de lágrimas y empecé a toser como un desesperado. Antes de que la profesora me preguntara si estaba bien, mientras tosía, ya tenía pensado no decir una palabra. La numeración del billete correspondía a las cifras anotadas en el recorte del diario.

Logré calmarme y escribí de un tirón una composición estupidísima sobre lo mal que estaba robar bancos con paredes coloniales.

El gran recreo

Terminó el día escolar y le dije a Aslamim que fuéramos para mi casa. En el camino no hablamos. Yo estaba del todo emocionado. Aslamim no entendía mi silencio pero tampoco lo rompía. Llegamos a casa. No había nadie. Nos sentamos a la mesa del comedor. Sin abrir la boca saqué el billete y el recorte y con una uña le señalé las numeraciones coincidentes.

Aslamim es un muchacho tranquilo, sabe que las cosas le van a salir bien, pero en esta ocasión, puedo asegurarlo, tembló. Me miró demudado y, más que el billete robado, lo asustó mi sonrisa de suficiencia.

—Bueno, vamos —dijo Aslamim.

—¿Adónde? —pregunté.

—¡A la policía! —dijo— es uno de los billetes robados. —Sí, ya sé.

—¿De dónde lo sacaste?

—Vamos por partes —dije.

—Sí, vamos —dijo Aslamim—. A la policía vamos.

—Escúchame, Aslamim —dije, poniéndole una mano en el hombro—, ¿a vos te gusta la secundaria?

—No, sabes que no.

—Bueno, escúchame, escúchame bien. Después de la secundaria viene la facultad, que tampoco te va a gustar. Y después el trabajo, que te va a gustar menos. Ahora, por primera vez en tu vida, se te aparece algo que no es el secundario ni la facultad, ni el trabajo ¡y vos se lo querés dar a la policía! Esto es un recreo en la vida, Aslamim, un gran recreo.

—No, no —dijo Aslamim—. A mí hay muchas cosas que me gustan: ir el domingo a ver a Huracán, salir con chicas, y más. Si nos agarran con este billete, si no lo entregamos ya, podemos tener problemas.

—Puede ser, puede ser —dije—. Pero vos ya tenés un problema: esta semana residís en Venecia.

Aslamim quedó callado. Sentimos una llave en la cerradura. Era mi hermana. Guardé en la mochila el billete y el recorte. Mi hermana nos saludó. Van a pensar que exagero, pero creo que también ella gusta de Aslamim. Cristina, así se llama, acostumbra a tratar a mis amigos con toda cortesía: les sirve la merienda o lo que sea como si fuese una madre, les pregunta cómo les va en la escuela y etcétera. Pero a Aslamim le habla poco y nada, y por lo general no le ofrece siquiera un té. A veces, cuando está él, se pone una malla de baile, que solo usa cuando va a danza, y hace gimnasia en su pieza con la puerta abierta. Después se baña y canta, su voz se escucha clarísima en el comedor. Y lo más raro, mi hermana, una persona discreta, levanta el tubo del teléfono, disca hasta que encuentra una amiga y, delante de

Aslamim y de mí, hace pública la abrumadora cantidad de chicos que se le acercaron, trataron de besarla y le ofrecieron casamiento en la última semana.

Aslamim, creo, la considera muy grande para él. Lo cierto es que, como no conoce a Cristina en su estado natural, tampoco se da por enterado de sus rarezas. No sé, en concreto, qué pensará de ella. Delante de Cristina, Aslamim me preguntó:

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer?

—Por ahora, esperar —dije, y agregué mirando de reojo a mi hermana—: Y callar.

—¿Quieren ir a los juegos electrónicos? —preguntó Cristina.

Me extrañó su invitación delante de Aslamim, era un exceso de locuacidad. Pero su naturalidad sufrió un duro golpe.

—Yo paso —dijo Aslamim—. No me gustan.

Cristina trató de fingir indiferencia ante la deserción de Aslamim, pero su cara no la dejó.

—Yo sí quiero jugar —dije, y a Aslamim—: Mañana nos vemos en la escuela.

—Bájame a abrir —dijo Aslamim— por si está con llave.

—Vamos, Cristina —dije.

—Acompáñalo —dijo mi hermana—. Yo me quiero cambiar.

Bajé en el ascensor con Aslamim.

—No me contestaste de dónde sacaste el billete —dijo.

—Quiero que te atraiga el suspenso.

—Ya estoy atrapado —dijo Aslamim—. Decíme.

—Me lo dio Ignacio, creo que de casualidad.

—¿Ignacio? —se asombró Aslamim.

—Puso mi billete en la caja registradora, no tenía cambio y me devolvió otro billete del mismo valor. Es todo lo que sé.

—Bueno —dijo Aslamim abriendo la puerta de calle—. Es mucho para mí. La seguimos mañana en la escuela.

Nos despedimos. Le toqué el timbre a Cristina. Tardó unos cinco minutos más, bajó con la misma ropa.

—¿No te cambiaste? —pregunté, sabiendo que, probablemente, lo de cambiarse era una excusa para no bajar con Aslamim luego del desaire del cautivo islámico.

—Sólo la ropa interior —me contestó. Y me dejó la cara rojofucsia.

La casa de juegos electrónicos se llama *FlashBack*. Con Cristina vamos siempre a esa porque es la única del barrio que tiene el PacMan y el Gálaga. *FlashBack*, lamentablemente, también posee una barra de chicos no del todo decentes. Muchachos que no tienen nada que hacer en la vida y se juntan. Entre ellos hay uno que es el menos decente de todos. Lo llaman el Cuervo. Imagino que un día hicieron de él una momia envuelta en cuero negro y luego fueron cortando bordeando pies,

brazos, cuerpo, para que el vendaje tomara forma de campera, pantalón, zapatos y demás. Usa la campera herméticamente cerrada, de modo que no se puede saber de qué tela es su remera. Como está siempre, ya nos conocemos de vista y algo más. Al Cuervo le gusta mi hermana. Le gusta mucho. Cada tanto trata de cambiar su cara de Cuervo y sus modales para acercarse en calidad de persona, y hablarle. Creo que si mi hermana se lo pidiera, el Cuervo se sacaría su campera de cuero negro. Es más, creo que hasta aceptaría que lo apodaran «el pajarito». A mi hermana no le gusta el Cuervo, pero me parece que sí le gusta lo mucho que gusta el Cuervo de ella. Es más, creo que si invitó a Aslamim a *FlashBack* fue para que viera cómo el Cuervo gustaba de ella.

En el Gálaga suelo analizar las cosas. Así como cuando corro en el Parque imagino y resuelvo, en el Gálaga analizo. Es decir, pienso sin tratar de resolver.

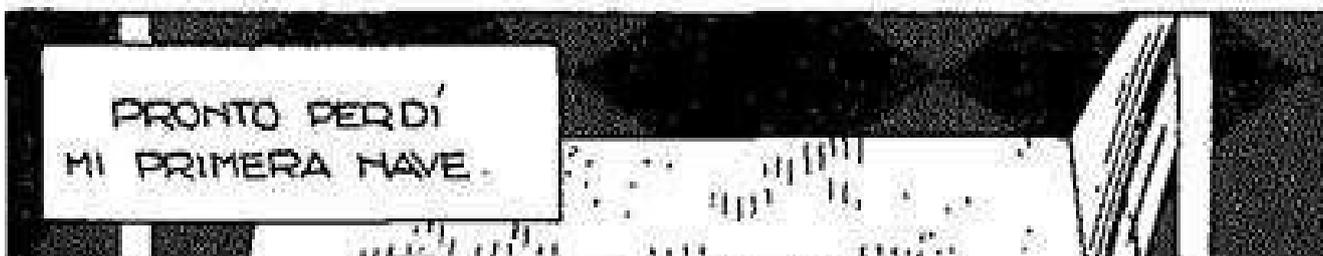
EL GÁLAGA ES UN JUEGO DONDE UN MONTÓN DE NAVECITAS TRATAN DE DESTRUIR A UNA GRAN NAVE QUE MANEJA EL JUGADOR Y QUE TIENE TRES VIDAS.



MIENTRAS JUGABA ME PUSE A PENSAR QUÉ HACÍA EL BILLETE EN LA CAJA REGISTRADORA DE IGNACIO...



PRONTO PERDÍ MI PRIMERA NAVE.



Ignacio no era el ladrón, puesto que me había dado sin inconvenientes la prueba del delito. El billete podía haberle llegado por algún distribuidor de comestibles, por algún alumno, en fin, por mil lados. Pasé a pensar que debía darle, esa misma noche, el vuelto a mi papá. No iba a entregarle el billete, y no tenía la menor idea de dónde sacar la plata. Y, ya dije, el Gálaga no me estimula el aparato resolutivo. De este problema me sacó la voz del Cuervo. Estaba casi gritando. Giré y me destruyeron la segunda nave. La tercera la dejé, porque la voz alta del Cuervo estaba dirigida a mi hermana. Me acerqué al PacMan donde Cristina, sin haber empezado a jugar, le decía que no al Cuervo. El Cuervo, medianamente ofendido, le rogaba a los gritos a mi hermana que aceptara las fichas compradas para ella. El Cuervo no pedía nada a cambio, pero mi hermana consideraba un gran trabajo el aceptarlas. Cristina ignoró al Cuervo y se fue para otro juego. El Cuervo la siguió. Entonces intervine. El Cuervo más de una vez había roto caras. Peleaba sólo, uno contra uno. La barra hacía una ronda a su alrededor y lo veía pelear. Supe de una ocasión en que un capo de la barra del Abasto lo tuvo contra la vereda y lo amenazaba con el puño. Uno de la barra del Cuervo se metió a defender a su jefe. El Cuervo se levantó y reventó a pinas al de su propia barra, por meterse. Peleó contra el del Abasto y volvió a cobrar. Ahora yo lo estaba enfrentando.

—Che, déjala —le dije—. Quiere jugar sola.

—¿Y vos quién sos? —dijo—. ¿Otro muñequito del PacMan?

—Que la dejes, nada más —insistí.

—Pero... pero —dijo el Cuervo fingiendo desconcierto—, ¿por qué no nos informas a todos a quién le ganaste?

La barra hizo silencio. Cristina estaba por interceder. Detuve a mi hermana con una mano, sin tocarla, y dije al Cuervo:

—A vos te puedo ganar, al Gálaga.

Yo sabía que el Cuervo no me iba a reventar a pinas, porque en ese caso mi hermana no le iba a hablar nunca más en su vida, ni aún cuando fuese un cuervo viejo y desafinado, ni aunque se convirtiese en águila. Sabía que le debía dar al Cuervo una posibilidad incruenta de humillarme, para que aceptara el desafío y dejara tranquila a mi hermana. Sabía que el Cuervo era de la clase de imbéciles a la que pertenezco yo: los que damos mucha importancia a los desafíos.

—Al Gálaga —dijo—. Mira qué bien.

Entonces saqué mi inmenso billete de la mochila y se lo puse delante de la cara:

—Al Gálaga —dije—. Sí, por esto.

El Cuervo tragó saliva. No necesitó mirar el billete porque yo se lo sostenía delante de los ojos. Mi hermana estaba por intentar otra vez una mediación. Pero la miré y le dije:

—Este mandado también lo voy a hacer yo.

Nadie entendió mi frase, pero ella tuvo el buen tino de hacerme caso y se quedó quieta.

—Al Gálaga —dijo el Cuervo—. Espera.

Habló un segundo en voz baja con los de su barra, estaban comprobando si entre todos llegaban a juntar plata como para tomarme la apuesta.

—Vamos —dijo el Cuervo.

Podrán imaginarse que en ese momento la cantidad del billete me interesaba tanto como una moneda, yo me estaba jugando la mejor parte de mi vida.

La barra hizo un círculo alrededor nuestro. Cristina se fue a jugar al PacMan.

Pusimos dos fichas y jugábamos una nave cada uno. Comencé yo, jugué como siempre, tranquilo, alcancé un buen puntaje y me mataron la primera nave.

Le tocó al Cuervo. Yo confiaba en mi experiencia, en mis largas horas de estudio del Gálaga, en saberme casi de memoria el recorrido de cada una de las navecitas agresoras. Pero noté algo: el Cuervo disparaba rápido y no le importaba nada. No le importaba cómo era el juego, casi no le prestaba atención, solo disparaba con una velocidad asombrosa, y le daba buenos resultados. Me superó por un par de puntos y le mataron la primera nave.

Nuevamente mi juego tranquilo. Fijarme bien por dónde venía cada navecita, planear estrategias, fijarme en qué exacto lugar me convenía colocar la nave. Hice uno de mis mejores puntajes antes de perder la segunda vida. El Cuervo también volvió a lo suyo, estilo salvaje. La suma de los puntos que había hecho entre las dos naves le daba unos pocos por encima de los míos.

Me enfrenté con mi última oportunidad. Agarré la palanca, puse el dedo en el botón y, mientras mataba las primeras navecitas, intuí que si jugaba como siempre el Cuervo me iba a ganar. Si me arriesgaba a hacer otra cosa podía perder o ganar; pero si hacía lo de siempre iba a perder seguro. Imaginé que estaba corriendo en el Parque Centenario. Apretaba el botón disparador como un desesperado y pensaba en otra cosa. Las balas salían a la velocidad de la luz, pero yo apenas reparaba en ellas. En un momento, incluso, miré a los ojos al Cuervo. Cuando volví la vista a la máquina, vi el puntaje: superaba todos mis records. El número me asustó y perdí la última nave.

Era el tercer turno del Cuervo. No quería verlo, tampoco que me mirara. Inició el combate, me levanté y fui al PacMan donde jugaba Cristina. Mi hermana continuó con su buen comportamiento y no dijo una palabra.

Cuando regresé a ver cómo le había ido al Cuervo, la barra estaba juntando la plata. Me gustó ver cómo iban saliendo billetes de distintos colores de los bolsillos de sus camperas de cuero negro. Ya tenía el vuelto para mi papá.

En el camino de regreso, con Cristina, a casa, me pregunté si por ahí algún cataclismo estelar no habría hecho que pasara a formar parte de los afortunados, pero me contesté que no.

Durante el primer recreo de la mañana escolar del 20 de julio tuve la primera conversación importante con Aslamim respecto al caso Restive. La tarde del día anterior había derrotado al Cuervo y me sentía especialmente preparado para vivir situaciones extraordinarias y extraordinariamente pusilánime por hallarme con mi uniforme en el medio de un patio en el que brotaban sandwiches de salchichón.

—Lo del billete es un enigma complicadísimo —le dije a Aslamim—. No podemos hacer preguntas. Pero hay otra cosa rara sobre la que sí podemos averiguar.

—¿Otra? —preguntó Aslamim.

—Sí. ¿Te acordás que hablé con el gerente del banco Restive? Buenos, me dijo que un empleado, al que conozco y se llama Antonio, tenía gastroenteritis. Pero un colega de Antonio dijo que estaba enfermo de gripe.

—¿Y con eso?

—Uno de los dos miente.

—¡Por Dios, Tognini! —exclamó Aslamim—. ¿Qué querés inventar? Un empleado enfermo, gripe, gastroenteritis, qué importa, está enfermo y punto.

—No —dije. Y le expliqué todos mis conceptos acerca de la gripe, el resfrío y la gastroenteritis. Aslamim no se avenía a mis explicaciones, tuve que recordarle su situación en Venecia.

Esa misma semana terminaba la parte del programa de historia dedicada a Barbarroja y el Dux y, por consiguiente, nuestro juego.

—Lo primero que vamos a hacer es averiguar dónde vive Antonio —dije.

—¿Y el billete? —preguntó Aslamim.

—De eso no podemos hablar, es muy peligroso. Vamos a tener que permanecer quietos y callados, y algo aparecerá. Respecto del billete, confío en tu suerte; y para lo de Antonio, en mi empeño.

Sonó el timbre y entramos a la clase de Historia. Un preceptor vino al aula a explicarnos que el profesor Feuer se iba a ausentar por hepatitis. A mí me pareció bastante coherente que Feuer se enfermara de hepatitis, su piel era de tono pálido y todo él respondía al tipo de los delgados férreos, una estampa merecedora de respeto pero que muy difícilmente pudiese soportar un choripán.

Alguien comentó que la hepatitis era muy contagiosa y, como Feuer siempre escupía cuando hablaba, los de adelante debían hacerse revisar. Risas generales. En la hora libre conversamos con Aslamim sobre qué haríamos con el juego, puesto que Feuer podía llegar a guardar cama por más de un mes. Decidimos continuar con los mismos personajes y pactos, hasta que llegara el profesor suplente. El siguiente tema fue el domicilio de Antonio, a ambos nos parecía que averiguarlo era una tarea sencilla. Bastaba con decirle a alguno de los empleados que deseaba visitarlo; podían llegar a extrañarse del fervor de mi cariño, pero nada más.

En la clase de *Geografía* vimos la zona de la Pampa. Aslamim me comentó lo

bien vestido que estaba el profesor Bárrales.

—¿Se estará por casar? —me preguntó.

—Sí —dije—. Con una montaña.

—O con el afluyente de un río —agregó Aslamim.

—A ver, Aslamim, Tognini —dijo Bárrales— que están con ganas de hablar, qué me pueden contar del ganado vacuno en la zona que estamos viendo.

Cuando estábamos por incorporar otro 1 (uno) a nuestra provisión; como otro séptimo de caballería, nos salvó la policía. Un uniformado apareció en la puerta del aula, acompañado por la directora.

—Alumnos —dijo la directora—. El sargento aquí presente tiene que hacerles una pregunta importantísima. Por favor, colaboren con él.

El policía se adelantó un paso, como si fuera a jurar la bandera.

—Alumnos —imitó a la directora, se notaba que era tímido—. Quisiera saber si alguno de ustedes ha traído a la escuela, en la última semana, billetes de cincuenta pesos.

Un silencio unánime contestó que nadie. Es más, algunos de los presentes jamás habían visto tanta plata en un solo papel. Estaba seguro que de toda la clase más, de todo el colegio, solo dos alumnos teníamos algo que contestar, y nos quedaríamos callados. «Así que hay más billetes circulando en la escuela» —me dije— «o sea que Ignacio o algún chico denunció... pero... ¡Ignacio!». Ignacio sabía que yo le había dado el billete grande. Aunque fue él quien me dio el billete robado a *cambio del billete honesto* de mi padre, si el policía quería saber quiénes habían usado billetes de cincuenta en la última semana, ¿por qué no le pedía a Ignacio que reconociera al alumno? Por ahí Ignacio, que atendía miles de chicos por día, no se acordaba nada. O quizás recordaba que un alumno le había dado el billete, pero no el turno, ni el curso ni la cara. En ese caso ¿por qué no lo llevaban aula por aula para que me identifique? Estuve a punto de levantar la mano. Decir que había usado uno de esos billetes en la escuela me parecía el único modo de averiguar algo. Si estuviese en juego solo mi pellejo, lo habría hecho; pero temía que interrogaran a mi mamá y a mi papá, o a Cristina, a quien el interrogatorio le quitaría un montón de tiempo para «pensar en la facultad».

Así que metí la mano en el bolsillo y me puse a pensar divertido en la cara de terror que debía tener Aslamim. Debo reconocer que, de haber tenido un espejo, me habría divertido mucho más.

—Bien, alumnos —dijo el policía— la directora les va a dar la numeración de los billetes que buscamos. Aparte, avísennos de cualquier cosa que se enteren.

—Saluden al señor —dijo la directora.

Y tras nuestro saludo, se retiraron. Cuando el sargento estaba atravesando la puerta, el alumno Perales, a quien en la intimidad apodamos «el abuelo», dijo en voz

más o menos alta:

—Yo tengo un boleto capicúa, ¿sirve?

Estoy casi seguro de que el policía escuchó el chiste, pero no encontró la multa o la pena adecuada para responderle.

Me había quedado callado para salvaguardar a mi familia, pero si me agarraban con el billete robado encima, iba a ser el culpable de que nos enjaularan a todos. Como fuese, no tenía idea de nada: quién había metido billetes robados en la escuela, quién los había denunciado. No sabía.

—Bueno —dijo Bárrales—. No creo que después de esta interrupción podamos seguir con la clase, deben estar desconcentrados.

Habíamos zafado del 1 (uno).

Eugenio Bárrales es petiso, de pelo negro y bigotito. Se nota que le gusta su materia. Nadie entiende cómo puede gustarle el suelo árido o arenoso, los cabos y las bahías dibujadas, pero eso lo hace más interesante. Y, por lo que nos contó, no sólo era interesante para nosotros.

—Alumnos —dijo—. Aprovecho este momento en blanco para comentarles: me caso. La semana que viene no nos vemos.

Aslamim me golpeó la espalda, excitadísimo por su predicción; todos aplaudimos.

—Tal vez falte por más de una semana —agregó Bárrales.

—Tómese su tiempo, profesor —le gritó el mentado Perales.

Bárrales sonrió y lo felicitamos con una rechifla carnavalesca.

—Soy un genio —me decía Aslamim—. Soy Tu-Sam.

Le cantamos a Bárrales la marcha nupcial mientras él, sonriente, nos hacía con las manos señas de que cantáramos más despacio.

En los dos años que llevo de secundario, no recuerdo un momento más ridículo y más hermoso. El clima de jolgorio alcanzó su expresión mayor con el timbre del recreo. El profesor se despidió por encima de nuestros gritos.

Me quedé sentado en el banco mientras todos salían al patio.

—Estoy a tus órdenes —me dijo Aslamim—. ¿Qué tengo que hacer?

—Tenés recreo —le dije haciéndome el canchero. Realmente estaba disfrutando mi estadía en Venecia.

Aslamim salió. Quedé sólo en el aula. Pensé y pensé. Pensé que lo mejor era no pensar. Pensé en cómo había ganado al Gálaga.

«Otra vez conviene el riesgo», me dije. Saqué una hoja de mi carpeta. Escribí: «Ignacio: no creo que haya sido usted el ladrón. Pasaron por las aulas preguntando si alguien había visto uno de los billetes. Dije que yo había usado un billete de esa cantidad y usted me dio cambio. Traté de cubrirlo. Lo espero en la placita de Esmeralda y Avenida de Mayo. Y firmé: “el alumno que usted ya sabe”». Salí al

patio, busqué a Aslamim, le pedí que le diera la carta a Ignacio y le dijera: «De parte de otro, a las siete de la tarde». Volví al aula. Teníamos *Matemáticas*. El profesor Rafaelli no se casaba ni padecía hepatitis, sin embargo, parecía nervioso... no era para menos, estábamos en un día especial. De Rafaelli se sabía que fumaba tres atados de cigarrillos rubios por día. Tres atados, así como lo leen. Él mismo lo reconoció. Es realmente una cantidad asustante. Rafaelli nos explicó un par de asuntos relacionados con «X igual a A» es divisible por alguna otra cosa y demás. Mientras no entendía nada, mi diversión consistía en fijarme si el paquete de cigarrillos vacíos que Rafaelli estrujaba y arrojaba desde cierta distancia al canasto de basura, entraba o no. Rafaelli convirtió el doble. Cuando estaba por explicar a qué se parecía «A multiplicado por B», se cumplió esa regla de oro por la cual a los 45 minutos de clase suena el timbre, era el último del día.

Al terminar el turno, nos hacen formar y caminar ordenadamente.

El propósito es que la alegría no nos haga salir corriendo como una tropilla de caballos. Ese día los preceptores se tomaron muy en serio su trabajo. Nos hicieron marchar a paso tortuga. Cada división delante de la otra, separadas a prudente distancia. No sé cuántos se habrán dado cuenta de la razón: en un costado del pasillo, casi escondidos, Ignacio y el policía nos miraban salir. ¡Ése era el momento en que Ignacio, subrepticamente, debía señalar al chico del billete! No lo miré. Nadie me detuvo.

De los nervios, no pude comer. Por suerte, en casa no había nadie para preguntarme qué me pasaba. A las siete tenía la entrevista con Ignacio, al lado del banco, eso me pasaba. A las cinco y media me encontraba con Aslamim en mi casa.

A las tres de la tarde, lamentablemente, cayó Cristina. Yo no podía hablar con nadie, todas las palabras de mi cabeza estaban preparadas para Ignacio. Cristina saludó y se fue para su cuarto. A eso de las cuatro, salió y me dijo:

—¿Qué te pasa que todavía no viniste a molestarme?

—No quiero que por mi culpa dejes de pensar en la facultad —dije.

—Facultad, facultad —dijo Cristina—. No sé qué hacer.

—¿Cómo? —pregunté.

—Que no sé si la voy a hacer —dijo Cristina.

—Ah, no, ah, no —grité yo—. Entonces tenés que hacer los mandados.

—Para, para la mano —dijo—. ¿No podes ser más maduro?

—¿Quién te enseñó esa palabra, un sicólogo o un agricultor?

—¿Querés que hablemos o no? —se enojó.

—Habla, habla —concedí.

—Bueno —se tranquilizó Cristina—. Por ahí quisiera irme de viaje.

—¿En qué colectivo? —pregunté—. Todos los días hacemos un hermoso viaje en colectivo. ¿Para qué más?

—No, tonto —dijo—. Irme lejos, cuando termine la secundaria. Estuve hablando con Pachi, mi amiga, podríamos ir juntas a Europa.

—Conozco a Pachi, tu amiga, la única forma de que se ponga los pies en la tierra es que viaje a la luna, siempre está en otro lado.

—No entendés —me dijo—. Sos chico. Pero a mi edad vas a ver que, antes de encaminarte, de sentar cabeza, vas a tener ganas de... de, no sé cómo decirlo.

—Pedile a Pachi que me lo explique —dije—. Lo que yo puedo decirte es que el tiempo que pierdas vagando no lo vas a recuperar. Te conviene seguir tu camino.

—No entiendo nada —dijo—. ¿Te vas a hacer cura? ¿Qué te pasa?

—Estoy tratando de que no seas una descocada —le dije—. Y si no pensás en la facultad, repito, anda a hacer mandados, como yo.

—¿Ah, es eso? Te da bronca hacer los mandados. Está bien, la próxima vez voy yo al banco y listo.

—¡No! —grité. Hablando en serio por primera vez en toda la charla—. Al banco voy yo.

—¡Anda dónde quieras! —me gritó enojada, metiéndose en su cuarto y cerrando de un portazo.

La verdad es que con mi discursito había pretendido vengarme por todas las veces que hice los mandados. Siempre me la había aguantado pensando que mi vida iba a ser más divertida, ¿y al final, qué, cada uno hacía lo que quería? Sonó el portero eléctrico, era Aslamim.

Imagínense cuan enojada estaría Cristina que ni siquiera abrió la puerta de su cuarto cuando llegó mi amigo.

—¿Preparado? —preguntó Aslamim.

—Nervioso —contesté yo.

—¿Querés que dejemos todo? —se esperanzó Aslamim.

—Ni en broma —dije.

De algún modo se hicieron las siete, y ahí estábamos, Aslamim, yo, e Ignacio, que llegó con toda puntualidad.

Nos saludamos escuetamente y fuimos directo al punto. Habló primero Ignacio y me sorprendió.

—¿De dónde sacaste ese billete robado? —preguntó.

—¿Qué billete? —repliqué.

—El que me diste a mí —insistió.

—Momento, momento —dije—. Vos me diste a *mí* el billete robado. Yo te di un billete sano, lo metiste en la caja registradora y me diste uno arrugado y con la numeración que da el diario.

—No entiendo —continuó—. Pensé qué...

—En primer lugar, ¿fuiste vos el que avisó a la policía que por la escuela

circulaba un billete robado?

—Claro —dijo Ignacio.

—A ver —dije—. Contáme cómo lo descubriste.

—Ayer me diste el billete (todavía no me pagaste la gaseosa), llevé la recaudación a casa y se la di a mi esposa para que la pusiera en nuestra cuenta bancaria. Hoy a las 10.30 llamó mi esposa desesperada desde el banco, diciéndome que le encontraron un billete robado. A la media hora, ya estaba el sargento Reynoso en la escuela.

—¿Cómo se llama?

—Reynoso.

—Bueno, ¿y qué más?

—Nada. Nos revisaron, confiaron en nosotros. Pero con tu carta pensé que quizás estaban tejiendo una trampa. ¡Y yo no hice nada!

—Lo sé —dije—. Tenemos dos billetes robados uno me lo diste a mí, y el otro te lo quedaste en la caja registradora. Como yo fui el único que ayer te dio un billete tan grande, pensaste que era ése. Pero ya lo tenías. ¿O alguien más te dio un billete ayer?

—No, yo tenía tres billetes. Me acuerdo. Vos fuiste el único.

—¿Y entonces? ¿Cómo llegaron ahí?

—Qué se yo. Hay un montón de posibilidades. A veces los distribuidores de gaseosa, de fiambre, me piden cambio y me dan uno de esos billetes. Pero lo seguro es que ayer tenía tres de esos billetes y solo cambié el que te di a vos. Así que antes del cambio, tenía dos billetes robados y uno bueno.

—¿Y por qué, si pensaste que te lo había dado yo, no me denunciaste de inmediato?

—Casi no te había mirado. Sabía que me habían dado un solo billete; pero chicos, atiende mil por hora. Me acordaba que eras del turno mañana y nada más. Y como ni siquiera era seguro que me lo hubieses dado, la directora sugirió que no fuéramos en búsqueda policial aula por aula sino que hiciéramos un reconocimiento cuando salieran. ¿Qué te dijo el policía?

—Me dijeron que vos podías ser uno de los culpables —mentí—. Pero con muy pocas probabilidades.

—¿Y ahora, qué hago? —preguntó desconsolado.

—Olvídate de todo —aconsejé—. Ya la policía se va a encargar.

—Bueno, ¿vamos? —dijo Aslamim.

—Sí —dije—. Al Banco. Ignacio, gracias por todo. Nos vemos mañana en el colegio.

—No entiendo —dijo Ignacio—. ¿Para qué me sirvió este encuentro con vos?

—Para que sepas: los únicos alumnos que saben algo del tema, están de tu parte. Y así nos despedimos de Ignacio.

Mientras la policía investigaba a los proveedores de Ignacio y a los profesores,

Aslamim y Tognini entrábamos en el banco Restive a preguntar por la salud de Antonio.

Entré al banco, por vez primera me dirigí a la ventanilla sin hacer fila. Aslamim, según mis instrucciones, abordó a Teresa, y yo encaré a Rafael. A los pocos minutos de charla con Rafael, intuí que no iba a sacarle nada. Aslamim me estaba esperando afuera.

—¿Cómo te fue? —le pregunté.

—Bien —dijo Aslamim sin inmutarse—. Le dije a la chica que era un sobrino marplatense de Antonio y que hace ocho años no lo veo. Me dijo: «Está enfermo, no sé muy bien de qué, pero no es grave». Y me dio el teléfono. Le pedí la dirección, pero no la tenía.

—Mira que bien —dije—. Muy bien.

—No entiendo a qué vino tanta intriga —dijo Aslamim—. Si me dio el teléfono enseguida.

—Sí —reconocí—. Si el teléfono que te dio es verdadero, quizás exageré las cosas y no había secreto, solo una confusión. Pero... vamos a llamar.

Entramos a un bar con teléfono público, en Avenida de Mayo y Salta. Llamamos. «Hola», dijo una voz. Yo estaba por decir «hola», cuando la voz siguió: «Éste es el contestador automático de Antonio Masgabardi, después de la señal, deje su mensaje, gracias».

Además de que no me gusta hablar con contestadores automáticos, las cosas no estaban como para andar dejando mensajes. Tenía un billete robado en mi bolsillo y eso exigía entrevistas cara a cara.

—¿Y? —preguntó Aslamim.

—Antonio Masgabardi no está en casa —informé.

—¿Qué hacemos?

—Esperamos y volvemos a llamar —dije.

Eran las ocho de la noche y queríamos dejar pasar por lo menos dos horas antes de volver a intentarlo.

—Hagamos un jueguito electrónico —propuse.

—Uh —se quejó Aslamim—. ¿No se te ocurre otra cosa?

—No —le dije—. Pero hace lo que quieras, y pásame a buscar por *FlashBack* a las diez.

—Mejor te acompaño —dijo Aslamim.

—Espera que llamo a mi hermana.

Puse la ficha, disqué y contestó Cristina.

—¿Hola, Cristinita? —dije.

—Sí —contestó ella, de mala gana.

—Habla tu hermanito querido. Hoy no te hablé del todo bien, lo reconozco.

—Bueno, chau —dijo Cristina, y cortó.

Volví a poner la ficha y a discar. Cristina volvió a atender, eso equivalía a una reconciliación.

—Cristina —dije—. Te compro diez fichas de PacMan.

—Once —dijo Cristina.

—Que sean once —acepté—, ¿amigos?

—Hermanos —dijo ella.

—Te espero en *FlashBack* dentro de 15 minutos.

Cuando corté, no sabía de dónde iba a sacar la plata para las fichas.

—Aslamim, ¿me podes prestar plata hasta mañana?

—¿Cuánta? —preguntó.

—Como para comprar once fichas de PacMan.

—Más o menos, es todo lo que tengo —dijo.

—Yo tengo mucho más —dije tocando el bolsillo de la mochila que contenía el billete—. Pero no sirve. Y no podemos gastar toda la plata que tenemos, necesitamos viajar en colectivo y otros viáticos.

Tomamos el subte, hicimos una gran cantidad de combinaciones y nos bajamos en *FlashBack*. Cristina nos estaba esperando junto al PacMan, mirando cómo jugaba una morocha de pectorales atléticos que sabía de qué se trataba. Miré a Cristina, y antes de que nos viera, pensé con amargura en que no había resuelto el tema de la financiación de sus once fichas. Caminamos hacia mi hermana. Junto a la puerta, el Cuervo y su barra, como esos momentos de un montón de imágenes.

—Hola —me saludó Cristina, y con la misma palabra, de reojo, a Aslamim.

Aslamim se acopló a un flipper, la morocha destacada estaba por perder su tercera vida. Esa chica me llamaba mucho la atención, no sólo por lo bien que le quedaba la ropa en la parte de adelante. Desde ya les aclaro que nunca pasó nada con la morocha que estoy describiendo, simplemente quiero decir: si bien afirmé que la humanidad se compone de una serie previsible de géneros de personas, más de una vez hay chicas que me hacen dudar al respecto.

A la morocha se le terminó el juego y se fue como una oportunidad. Cristina me sonrió, dispuesta a tomar los mandos del PacMan, y me vi en la obligación de hablarle:

—Cristina... las fichas ¿pueden ser para mañana?

—¿Cómo?

—No tengo plata.

—Para qué me lo ofreciste, ¿para qué me dijiste que venga? —Pensé que...

—¿Y el billete que tenías ayer, el que le apostaste al Cuervo? —mi hermana, cuando se enoja, no te deja terminar las frases.

—No lo puedo usar —dije.

—¿Por qué?

—Porque...

—Si te querías reconciliar me lo hubieses pedido, no hacía falta que mintieras.

—No te mentí. Me equivoqué. El billete no puedo usarlo.

—¿Por qué? —repitió Cristina.

Me molestaba que Cristina estuviera tan quisquillosa; después de todo, pese a mi mala voluntad en la charla, la había salvado del Cuervo. Además, no podía decirle lo del billete y no se me ocurría una mentira. ¿Qué le iba a decir, que era para comprarme un pulmotor? Ese billete era para mí lo que para Robinson Crusoe significaban sus billetes en la isla: no le servían para comprar cosas, pero eran imprescindibles para encender el fuego.

—Está bien —le dije—. Te mentí, me fui deboca.

Entonces Cristina hizo algo que confirma mi descripción de ella: es una persona interesante, pero puede escoger las peores amistades.

Muy enojada, salió del PacMan y fue derecho hacia el Cuervo. Y de modo que Aslamim y yo pudiésemos escucharla, le dijo:

—Te acepto las fichas que me ofreciste.

El Cuervo, con una sonrisa longitudinal como su pico, sacó del bolsillo una bolsa de nylon llena de fichas y acompañó a Cristina al PacMan. Aslamim seguía inmutable en su flipper.

Yo no podía soportar eso. Había sudado la gota gorda para salvarla, y ahora se entregaba sola a las garras de la desgracia. Me apersoné en el PacMan y le grité:

—¿Qué haces, tarada? Yo me juego todo para que no te molesten, y vos te haces amiga.

El Cuervo gritó. Sus ojos eran los dos vértices que contenían el segmento del triunfo y el desprecio. Pensé que esta vez sí me podía reventar a pinas.

—Ya ves —me dijo—. Al final, te gané.

—No —dije—. Te gané yo. Los que perdieron son vos y ella.

—No, no, no —dijo el Cuervo—. Yo soy de los ganadores. Vos, por ahí, con mucho esfuerzo, podés ganar algún partido, pero estamos en distintas categorías. Es como si Deportivo Italiano, en un amistoso le ganara a River. ¿A quién le importa?

Me sorprendió ingratamente que un ser repelente como el Cuervo estuviera más o menos al tanto de mi teoría, y la aplicara con tanta coherencia.

—¿Qué pasa? —dijo Aslamim acercándose, dispuesto a defenderme.

—Nada, nada —dije. Pero la lealtad de mi amigo me infundió valor—. Te gané, Cuervo, y puedo volverte a ganar.

—¿A qué, al Gálaga? Puede ser. Pero jugábamos por eso —señaló a mi hermana jugando al PacMan—. Y aquí la tenés.

—Te gano en resistencia —le dije.

—¿A qué? —preguntó. Y apretó los puños.

—Puedo dar más vueltas al Parque Centenario que vos y toda tu barra.

El Cuervo miró el cigarrillo que le colgaba de la mano izquierda.

—¿Corres más rápido que yo? —preguntó con sorna. Era un terrible grandulón pero, ya dije, adicto a los desafíos.

—De acá a la esquina no —dije—. Pero en vueltas al Parque, te gano.

—Dame una semana para que me desintoxique —dijo mirando otra vez el cigarrillo—. ¿Por qué jugamos?

—No sé —dije—. Por algo que «realmente» valga la pena.

—El viernes de la semana que viene hay un baile en el club Maldonado. Si gano —dijo el Cuervo— tu hermana me acompaña.

—¿Y si perdés?

—Decí vos.

—Si perdés, no venís nunca más a *FlashBack*.

—No —dijo el Cuervo—. Eso no.

—Bueno, cuando yo entro, te vas.

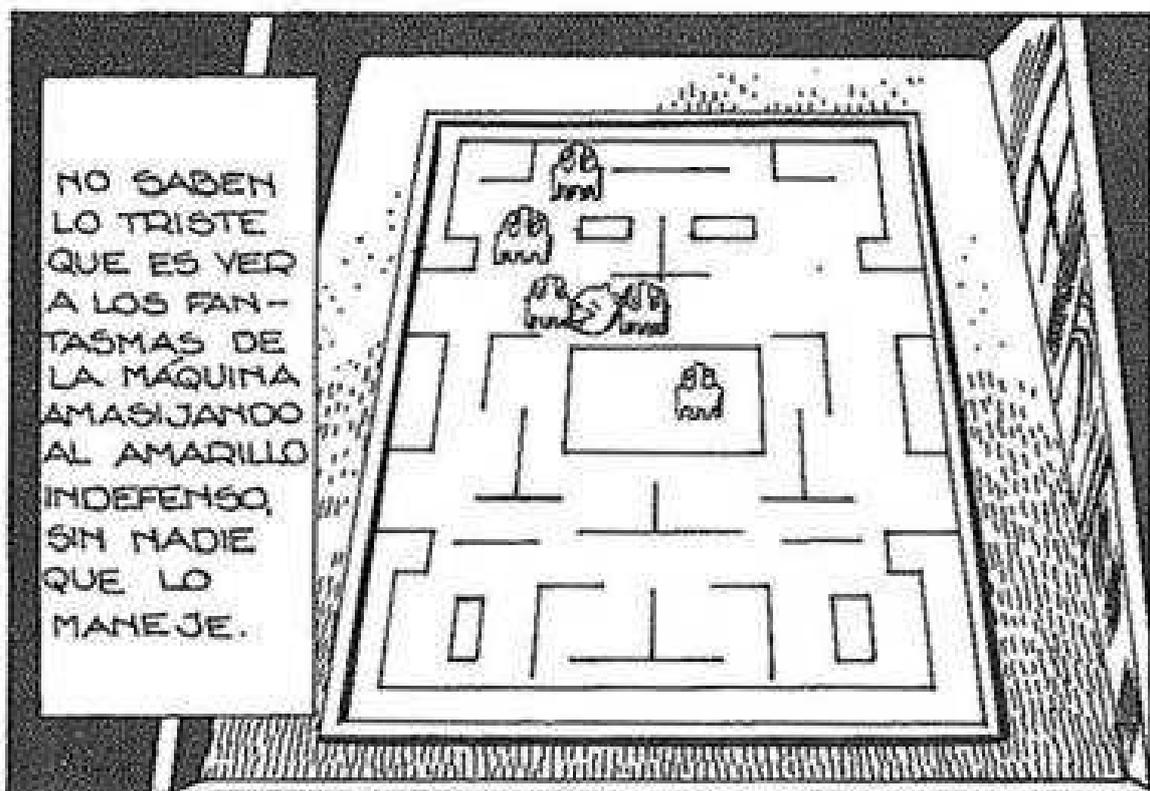
—¿Por cuánto tiempo? —preguntó el Cuervo.

—Toda la vida.

—Bueno —aceptó.

—¿Vos estás de acuerdo? —le preguntó a Cristina, que estaba poniendo otra ficha.

CRISTINA DIO MEDIA VUELTA, DEJÓ EL PACMAN
ANDANDO Y SALIÓ DE FLASHBACK



Quedó, pues, el duelo para la semana siguiente, y Aslamim y Tognini partimos a continuar con nuestro principal destino.

Desde el primer bar con teléfono público que encontramos, en Campichuelo y Díaz Vélez, llamé a Antonio. Otra vez escuché su voz en el contestador automático. Mientras discaba, Aslamim se había acercado al mostrador, ahora venía hacia mí.

—Tengo la dirección —dijo—. La saqué de la guía.

Me emocionó la buena disposición de Aslamim.

—Aslamim —le dije—, creo que soy una buena compañía para vos, empezás a cambiar.

—El juego me obliga —dijo—. Y quiero terminar lo antes posible.

—Te digo lo que vamos a hacer —dije—. Hoy mis viejos van a lo de un amigo y vuelven a eso de las tres de la mañana. Llamas a tu casa y decís que te quedas a dormir en la mía. Yo dejo un papel de que me quedo a dormir en la tuya.

—¿Y dónde dormimos? —preguntó Aslamim.

—Es una buena pregunta —dije—. Pero vamos a sentarnos en el umbral de la casa de Antonio hasta que llegue.

—Nos vamos a resfriar —dijo Aslamim.

—Qué vas a hacer —dije—. Venecia es muy húmeda.

Pasamos por mi casa, llamamos a lo de Aslamim y dejamos el papel.

Antonio vivía en la calle Armenia al 2300, cerca de la Plaza Italia, Nos tomamos el 36. Buscamos la dirección y tocamos el portero eléctrico. No estaba.

—Si estuviera enfermo —dijo Aslamim—. Lo encontraríamos acá, en la casa. O quizás se fue a la casa de la madre. O de alguien que lo cuide hasta que se reponga.

—O no está enfermo —intuí.

Nos sentamos en el umbral. A las dos de la mañana no había llegado.

En esas horas de espera hablamos con Aslamim acerca de la muerte, el sexo y el destino. No viene al caso que narre ahora detalladamente nuestras hipótesis, quizás más adelante escribamos a dúo *Opiniones sobre Todo*, de Aslamim y Tognini. Pero en ese momento, dos y minutos de la madrugada, agotados los temas interesantes, no nos quedaba más remedio que volver a hablar de nuestras vidas.

—Cómo se enojó mi hermana —le comenté a Aslamim.

—Sos vos el que debería estar enojado —dijo—, ¿cómo le va a pedir fichas a ese patotero?

—Tenés razón —dije—. Pero cuando mi hermana y yo nos enojamos, el enojo de ella es más grande que el mío.

A las dos y media, Antonio no aparecía.

—Bueno, Aslamim —dije—. Quedas liberado hasta mañana.

—¿Y ahora? —dijo Aslamim—. Dijiste que venías a mi casa y yo dije que iba a la tuya. ¿Dónde dormimos?

—Cada uno en su casa, ¿qué problema hay?

—Que en mi departamento, además de llave, hay traba. Y a las dos de la mañana, a mis viejos no los despertás con timbrazos ni cañones.

—Y en mi casa no hay camas...

—Yo dormiría con tu hermana pero... —bromeó Aslamim—. ¿Dónde dormimos? —apagó rápido su broma Aslamim.

No encontramos la respuesta, pero sí a Antonio, que a las 2 y 45 de la madrugada hizo su aparición triunfal.

Nos miró perplejo, sacó la llave, la puso en la cerradura, centró la vista en mí y me reconoció.

—Miguel Ángel —gritó— ¿qué haces acá?

—Vinimos a visitar al enfermo —dijo Aslamim.

Antonio lo miró extrañado.

—Me contaron en el banco que tenías gripe y gastroenteritis —dije—. ¿Podemos hablar?

—¿Pero vos estás loco? —dijo con justicia Antonio—. ¿Qué hacen dos mocosos como ustedes a esta hora en la calle? ¿Qué hacen esperándome en la puerta de mi casa? Ya mismo se van, ¿o quieren que llame a sus padres?

Cuando lo oí hablar como un preceptor, me esforcé por dar en la tecla.

—Te quería contar algo del robo —dije—. Del robo que vos sabes.

Antonio palideció. Se agarró el mentón como si se le fuera a caer. Sin soltarse el mentón, dijo:

—¿Qué sabes vos?

Había dado en el clavo.

—Hace frío —dijo Aslamim. Estuvo muy bien.

—Vengan —dijo Antonio. Y subimos los tres a su departamento.

Eran dos ambientes muy ordenados, con más libros de lo que cualquier biblioteca podría soportar.

—Bueno —dijo Antonio sentándose en un almohadón en el suelo, indicándonos el sofá—. Los escucho.

Trataba de recuperar el tono amistoso.

—Tenemos uno de los billetes robados —dije.

—¿Qué más? —dijo aparentando no sorprenderse.

—Usted no está enfermo —dijo Aslamim.

—Ahá —dijo Antonio—. ¿Y?

—Mira, Antonio —dije—. Sabemos que hay algo raro. En el robo hay detalles que quieren ocultar. Tu enfermedad falsa esconde algo. Nosotros también te estamos ocultando cosas. Pero te quiero decir algo muy importante —y acudí a mi argumento de oro—. Ahora son las tres de la mañana y dos chicos te están pidiendo que les

regales la anécdota de su vida. Vos siempre me recomendás libros, ¿me podes dar un libro que equipare eso? Si hay uno así, te lo acepto y nos vamos.

Antonio quedó callado.

—Me pueden echar del banco —dijo.

—Nosotros no pensamos hablar —dije—. Mira. Le mostré el billete.

Lo agarró, y esta vez sí se permitió una mueca de asombro.

—¿Es verdad! —dijo—. Es uno de los billetes. ¿De dónde lo sacaste?

—Vamos por partes —dijo Aslamim—. ¿Por qué el empleado Rafael y el gerente intentaron apartar nuestra atención de usted, y Teresa me dio el teléfono sin problemas?

—El gerente y Rafael están al tanto, Teresa no —dijo Antonio—. No podíamos imaginar que me iba a ver «tan querido», sólo le dijimos que estaba enfermo.

—Entonces —dije—. ¿Qué ocultan?

—¿De dónde sacaste el billete?

—¿Quién habla primero? —pregunté.

—Yo —dijo Antonio—. Sé por la policía que en la escuela N.º 63 encontraron uno de los billetes robados y, según parece, se lo dio un alumno al vendedor del buffette.

—No es exactamente así —dije—. Pero sabes mucho.

—Ya te dije algo —presionó Antonio—. Ahora vos.

—El billete me lo dio el del buffette a mí —dije, quedándome sin secreto.

—¿Qué más? —preguntó Antonio.

—Ahora vos —dije.

—El dinero no importa —dijo Antonio.

—¿Cómo? —preguntamos Aslamim y yo a coro.

—Que la plata no importa —repitió Antonio.

—¿Es un mensaje espiritual? —preguntó en broma Aslamim.

—No —dijo Antonio—. Quiero decir que estoy investigando acerca del robo, pero no busco la plata.

—¿Y entonces, qué buscás? —pregunté.

—Hablame de tu billete.

—Me lo dio Ignacio sin querer. Ignacio es el que se encarga del buffette en la escuela. Tenía dos billetes robados, no sé quién se los dio ni cómo llegaron ahí, uno me tocó a mí.

—Ajá —dijo Antonio.

—Eso es todo —dije—. Todo lo que sé.

—Bueno, entonces ya no tenemos información para intercambiar —se envalentonó.

—Todo lo que sé —dije—. Pero no todo lo que hice.

—No creo que hayan hecho nada —dijo Antonio—. Pero de todos modos, si en la escuela pasa algo, me vendría bien que ustedes me ayuden.

—¿Que lo ayudemos? —preguntó extrañado Aslamim.

—¿Que te ayudemos a qué? —pregunté excitadísimo.

—La plata puede servir para guiarnos... —murmuró Antonio.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Cómo «para guiarnos»?

—Para guiarnos hacia lo que buscamos —siguió Antonio, con frases cada vez más parecidas a un libro de aforismos.

—Mira —le dije—. Yo empecé a investigar esto porque Rafael no me quiso contar nada, entonces sentí que me debían un buen relato acerca del robo al banco en el que yo pagaba las cuentas todos los meses. Pedí hablar con el gerente, cometió un error que me resultó interesante, pero aún así no hubiera profundizado en este caso de no ser porque me dieron un billete robado. Ahora bien, creo que lo siguiente es encontrar a los ladrones y el botín. ¿Qué más?

—Entonces —dijo Aslamim cansado—, ¿ayudarlo a qué?

—A buscar el sable corvo de San Martín —contestó Antonio. Aslamim dijo:

—No me gustan las cargadas a las cuatro de la mañana. ¿Por qué se hace el vivo, si está metido en un tema serio?

—No te estoy cargando ni haciéndome el vivo —dijo Antonio—. Yo no estoy buscando el millón de dólares que se robaron, de eso se encarga la policía; busco el sable corvo de San Martín, el verdadero, que estaba en la misma caja fuerte.

Aslamim-Tognini, en silencio, le reclamamos una explicación.

El sable corvo de San Martín

—A fines de 1816 —comenzó Antonio—. Poco antes de iniciar el cruce de los Andes, el general José de San Martín decidió esconder el sable corvo usado en las batallas por la Independencia. Con ese sable había vencido en la batalla de San Lorenzo, había echado a los españoles. Antes de cruzar los Andes, San Martín quiso que esa arma, fuera cual fuese su resultado en la campaña de Chile y Perú, quedara por siempre invicta.



SAN MARTIN DECIDIÓ EMPOTRAR EL SABLE EN LA PARED DE LA CASA DE UNA FAMILIA PATRICIA, AMIGA DE SU FAMILIA...



JUNTO A UNA CARTA QUE EXPLICABA:

Sea cual fuere el signo de mis futuras batallas, que en este metal quede latiendo indomable el espíritu de la libertad

—El banco Restive se instaló hace 15 años, en esa casa —siguió Antonio—. Cuando se hizo el trabajo para empotrar la caja fuerte principal en la pared, los albañiles le llevaron el sable y la carta al señor Porta. El gerente sabía que se trataba de una reliquia y debía entregarla al gobierno. Sin embargo, se dijo que un hallazgo así, en la inauguración de un banco, era un talismán de buena fortuna, un símbolo auspicioso de éxito. Se justificó, también, pensando que la voluntad del general San Martín era dejar empotrado en aquella pared el sable. Decidió dejar el sable en su lugar, en la caja fuerte, hasta que el banco marchara viento en popa, y luego entregarlo a las autoridades. Agosto del próximo año era la fecha que se había fijado; ahora no sabemos si alguna vez va a poder entregarlo. Si la policía descubre el sable en manos de los ladrones y su procedencia, antes que nosotros, el señor Porta saldría terriblemente desprestigiado. Si no lo encontramos, el señor Porta se sentirá culpable el resto de su vida por haberle arrebatado al país la reliquia.

—¿Y por qué lo estás buscando vos? —interrumpí.

—Por muchos motivos. Creo que de esto depende el destino del banco, y mi trabajo. Hay una gran recompensa si lo encuentro. Y además, cuando después del robo el señor Porta me confió la historia y me mostró la carta de San Martín, (que afortunadamente no guardó en la caja fuerte, sino en un cristal para que no se ajara), bueno... me pidió ayuda y... ¿te acordás que te recomendé *La Máquina del Tiempo*?

—Entiendo —dije.

—¿Y en qué te podemos ayudar? —preguntó Aslamim, ya en confianza.

—Averigüen quién entró los billetes robados en la escuela. Es muy raro, si son ladrones comunes ¿cómo largaron así nomás billetes marcados?

—¿Los ladrones conocen el valor del sable? —pregunté.

—No lo sé. Quizás lo vendieron a una casa de antigüedades o lo tiraron por ahí. Estoy usando mi tiempo en registrar remates, magnates, coleccionistas. Es un problema con los objetos de valor simbólico: según quien los aprecie pueden ser de oro o de nada.

—¿Y el sable corvo que está en el Regimiento de Granaderos? —pregunté recordando una excursión en la escuela primaria.

—Es el que usó en reemplazo, después de empotrar en la pared éste que estamos buscando.

El encuentro de un tesoro menor

Si alguien les dijera que la recuperación de un millón de dólares no es considerada importante por cierta persona, pensarían que la tal persona es Onassis o alguien más rico. Pero cuando Aslamim y yo nos enteramos que el millón de dólares robado al banco Restive había sido encontrado, nos pareció una noticia intrascendente.

Luego de la charla con Antonio, habíamos pasado el resto de la madrugada en la confitería *El Botánico*, sobre Santa Fe, hasta que se hizo la hora de ir a la escuela (yo ni siquiera fui a correr); hablando del sable corvo de San Martín, por completo olvidados del dinero, excepto los dos billetes, como pista. En la estación de subte, camino a la escuela, leímos el titular del diario *Mañana* informando el hallazgo del botín del Restive. La aparición del dinero aumentaba las posibilidades de que el objeto del robo fuese el sable.

El titular y los hechos, fueron así:

MILAGROSO HALLAZGO DEL BOTÍN DEL RESTIVE

Un profesor de matemáticas de la escuela N.º 63 encontró el dinero robado el siete de julio.

Pues bien, sí. Nuestro querido profesor Rafaelli había encontrado la plata. ¿Dónde, cómo? Ya va. Según el diario, y los alborozados alumnos, la misma tarde en que nosotros habíamos hecho contacto con Ignacio y Antonio, el profesor de Matemáticas, señor Rafaelli, había encontrado el botín del Restive en un tacho de basura situado en la puerta de nuestra amada escuela. La noticia consignaba que faltaban solo dos billetes, uno que poseía con anterioridad la policía, y otro con paradero desconocido.

El hallazgo había sido completamente fortuito. Rafaelli se había quedado corrigiendo pruebas hasta después del horario escolar. Al salir, el sol ya no brillaba. Tiró su paquete de cigarrillos vacío al tacho de basura barrial (esos inmensos cilindros verdes) que está justo enfrente de la puerta de la escuela, en la misma vereda. Quiso encender un cigarrillo de su tercer atado y notó que había tirado el encendedor dentro del paquete vacío. Fue a buscarlo y encontró un millón de dólares en billetes de cincuenta pesos, menos cien pesos.

De inmediato se dirigió a la comisaría más cercana. El caso estaba resuelto. El gerente estaba contento e iba a recompensar a Rafaelli con una sustanciosa suma.

Elíseo Rafaelli, en el recuadro donde se transcribía un reportaje, decía al

periodista que pediría licencia para disfrutar la recompensa en Mendoza.

Del billete que faltaba, de culpables o sospechosos, no había una sola hipótesis. La única interpretación estaba dedicada al abandono del botín: los ladrones consideraron que la plata estaba muy marcada, y el riesgo de llevarla encima no se compensaba con lo que pudieran darles los reducidos de dinero.

Cuando terminamos de leer la noticia, rumoreada por todo el patio en el primer recreo de la mañana, Aslamim hizo un comentario inadecuado que, como pasa siempre con las cosas realmente desubicadas, nos condujo a gran parte de la verdad.

—Esto va a parecer un partido de fútbol local de un equipo que está en la Copa Libertadores —dijo.

Lo miré un largo rato pensando que se había vuelto loco. En ese caso yo tendría que pagar el manicomio, pues en Venecia estaba bajo mi responsabilidad.

—No entiendo —le dije a Aslamim—. ¿Qué tiene que ver?

—Mira, Huracán hace mucho que no va a la copa. Pero River, por ejemplo, cuando se clasifica para la copa, juega dos campeonatos simultáneamente: el Internacional de la Libertadores y el Nacional. Entonces, como le dan más importancia a la copa, en los partidos locales ponen suplentes en los puestos de los mejores jugadores, para no cansarlos. Y puede llegar a haber toda una delantera o todo un equipo de suplentes. Tengo que darte este discurso porque no sabes nada de fútbol profesional, pero lo que digo es: nuestro plantel de profesores va a tener tres suplentes en la delantera, *Matemática, Geografía e Historia*.

—Sí —dije yo—. Tres suplentes. *Historia, Matemática y Geografía*. —Y me quedé pensando.

Más raro que las ideas

En el segundo recreo de la mañana le di franco a Aslamim y me quedé mirando profesores por el pasillo. Es una de mis ocupaciones favoritas cuando no tengo nada que hacer: miro profesores y trato de adivinar cómo son sus vidas fuera de la escuela.

Estaba en eso cuando se me acercó Ignacio.

—¿Qué me contás? —dijo Ignacio.

—No sé —dije—. Decime vos.

—Acompáñame al buffette —dijo—. Dejé un chico atendiéndolo y ya debe haber hecho desastres.

El buffette era un cuartito con un mostrador que daba al patio, atiborrado de sandwiches de fiambres desconocidos y salchichón.

—Suena raro —dijo Ignacio—, ¿quién va a dejar un millón de dólares en un tacho de basura?

Me ofreció un rico sandwich de salchichón.

—No, gracias —dije—. Del gato me gusta solo la pata.

Ignacio trató de reírse y quedamos los dos en silencio.

—Bueno, ¿qué pensás? —insistió.

—Escuchame —le dije a Ignacio—. ¿Vos fumas?

—Sí —dijo Ignacio, y se llevó la mano al bolsillo anterior de la campera, como para convidarme.

—Yo no —lo paré—. Te pregunté para explicar una teoría, la vas a entender mejor. El profesor de *Matemáticas* dice en el diario que tiró el paquete vacío con el encendedor adentro. Ahora bien, yo he visto fumar a Rafaelli. Saca el último cigarrillo del paquete, se lo pone en la boca, lo enciende, estruja el paquete vacío y trata de embocarlo en el canasto. Veo fumar a Rafaelli desde primer año; de *Matemáticas* no aprendí mucho, pero puedo decirte de memoria la cantidad de dobles que lleva convertidos: nunca dejó de estrujar el paquete antes del tiro. Además, siempre enciende el cigarrillo antes de tirar el paquete. Hay un 99 por ciento de posibilidades de que esté mintiendo.

—Te regalo la gaseosa —dijo Ignacio pensativo.

Sonó el timbre para volver al aula.

—Creo que estás exagerando —dijo Ignacio—. Puede haber pasado como él dice. Tenés ideas raras, pero te escucho, porque eso del millón en el tacho es más raro que tus ideas.

En el aula, Aslamim dijo haberme visto hablando con Ignacio y preguntó si había averiguado algo. La profesora de *Instrucción Cívica* dijo que no hablemos en clase.

—Tendríamos que hablar con el de *Matemáticas* —siguió Aslamim, en voz baja.

—Sí —dije yo en voz alta—. Ahora mismo.

La profesora me miró furibunda y ordenó que saliera del aula; no castigó a Aslamim, ¿le gustaría?

Salí del aula pensando que muchas veces el rigor en una tarea requiere de indisciplina en otras. Me dirigí a la sala de profesores, Eliseo Rafaelli estaba recogiendo sus últimas cosas, se iba a Mendoza. Tenía un cigarrillo en la boca.

—Lo felicito —le dije.

—¡Hola! —se asombró—. ¿Por qué no está en clase?

—Me echaron —contesté.

—Hizo lío —se rió—. Bueno, haga de cuenta que no existo, estoy de licencia.

—No —le dije—, algo más que lío. Me echaron porque hice este machete. —Y le mostré el billete robado.

—A ver ese billete —dijo. Y me lo arrebató de las manos. Miró la numeración—. ¿De dónde lo sacaste? —preguntó.

—De un tacho de basura —dije.

—Ah —sonrió—. Déjamelos que se los llevo a la policía. —Y se los guardó en el bolsillo.

—Está bien —dije—. Si usted se los da a la policía, me voy. —Llevé mi mano izquierda al picaporte, veía en el vidrio de la puerta el reflejo del profesor que se volvía hacia su maletín para terminar de guardar sus cosas; inmediatamente, siempre mirando hacia la puerta como para salir y escrutando al profesor por el vidrio, tiré mi mano hacia el bolsillo de Rafaelli, apreté todos los papeles que contenía y la saqué.

Cuando giré hacia él, tenía en mi puño el billete, un prospecto médico y el vale de una tintorería. Guardé el billete nuevamente en mi bolsillo y le di sus dos papeles.

—¿Pero qué hace, alumno? —me gritó cuando se repuso.

—Lo que usted me pidió... hago de cuenta que no existe.

—¿Quiere que lo echen? —dijo. Y, muy enojado, se sacó la colilla de la boca, se puso un nuevo cigarrillo, el último, lo encendió, estrujó y tiró el paquete.

—¿Ve? —dije—. Así es como hace siempre. Enciende el último, estruja el paquete y lo tira.

—¿Y? —preguntó, listo para irse.

—A la policía le dijo otra cosa.

—¿Qué dije? —Creo que realmente no sabía de qué le hablaba.

—Lo que salió en el diario —dije—. En el recuadro dedicado a usted.

Abrió su valijín y sacó el recorte, y leyó el recuadro.

Mientras lo leía, dije:

—Si estruja el paquete, siente el encendedor; si enciende el último cigarrillo, no vuelve a meter el encendedor en el paquete vacío.

Cuando terminó de leer sus propias declaraciones, algo le cambió en la cara; no se puso pálido, fue como si se hubiera agarrado los dedos con una puerta de goma

espuma: no hace nada, pero es una agarrada de dedos.

—Ah —dijo—. Entiendo. Es el periodismo. Les gusta ser minuciosos y entonces inventan cosas pequeñas. Pero lo importante es que encontré la plata y la devolví. Bueno, chau —dijo.

Yo tenía un gran problema: el profesor no tenía por qué quedarse conmigo. No podía retenerlo.

—A mí me interesan las cosas pequeñas —dije antes de que cruzara el marco de la puerta.

—Me alegro, me alegro —dijo alejándose.

Tuve que gritar y arriesgué:

—Como el sable corvo de San Martín.

Lo paré en seco. Fue como si le hubiesen dicho que Pitágoras estaba equivocado.

Se dio vuelta y me miró.

—Esas cosas pequeñas —repetí—. Me interesan. Me interesa saber cómo se tira un paquete de cigarrillos, cómo se levanta. Trato de imaginármelo a usted metiendo su cabeza en ese inmundo tacho solo para buscar un encendedor, sacando la bolsa inmensa y llevándola hasta la policía...

Entró a la sala de profesores y cerró la puerta tras de él.

—Alumno —dijo, puesto en profesor otra vez—. Me quiero ir a Mendoza, a disfrutar, me lo merezco. Dígame lo que quiere y déjeme ir.

—No sé —dije—. Realmente no sé lo que quiero. Un amigo mío dice: «Conseguir lo que uno quiere, aunque cueste años, se consigue. Lo difícil es saber qué quiere uno».

—Alumno —insistió—. Me quiero ir a Mendoza.

—¿A qué parte de Mendoza? —pregunté, y agregué—. No creo su historia del encuentro del millón. No creo que la haya inventado el periodista.

—Bueno —dijo cansado— Tognini, Miguel Ángel Tognini. Suponga que yo robé esa plata. Me arrepentí y la devolví, qué más. Por supuesto, esto es una hipótesis para tranquilizarlo.

—Lo sé —dije—. Pero yo soy como usted, que fuma tres atados diarios, con el agravante de que no fumo, estoy intranquilo todo el tiempo. Ahora estoy muy intranquilo, pero no por el millón de dólares, me gustaría saber a qué parte de Mendoza se va.

—Me voy —dijo. Abrió la puerta y se fue. Sonó el timbre del recreo.

Me encontré con Aslamim.

—Vení —dijo—. Acompáñame a fumar un pucho al baño.

—Deja —dije—. No quiero ver más puchos.

—¿Qué hiciste durante la clase de Cívica? —preguntó.

—Descubrí todo —dije.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Los ladrones del banco tienen un contacto con la escuela.

—¿Quién?

—Creo que el de *Matemáticas*. Pero no lo veo muy involucrado. Más bien parece que lo usaron. Cuando le empecé a hablar de lo importante, se fue asustado.

—Tognini, vos estás loco. Estás superando los límites de nuestro juego.

—Los límites de nuestro juego son la cancha de Huracán y hacerse la rata —dije—. Además, vos estás mostrándote muy interesado últimamente.

—Hay que llamar a Antonio y contarle todo —certificó Aslamim.

Al final de ese día de clase llamamos a Antonio. Estaba el contestador. Le dejamos dicho que nos pasara a buscar por el bar *La Opera*, en Corrientes y Callao, hasta las diez de la noche; después de esa hora, si no aparecía, volveríamos a llamarlo. Cuando estuvimos sentados en el bar, Aslamim dijo:

—¿Y si no nos podemos comunicar con Antonio?

—No sé —dije.

—Es importante que hablemos hoy con él —dijo Aslamim—. Hay que evitar que se nos adelante el de *Matemáticas*, ya sabe que sabemos.

—Tenés razón —dije—, ¿pero qué podemos hacer?

—Como está investigando para el gerente —dijo Aslamim—. Debe verlo más o menos diariamente. Podes decirle al señor Porta que necesitas urgente el testimonio de Antonio para terminar la composición, y dejarle un teléfono para que te llame.

—Es peligroso para Antonio, el gerente puede sospechar que nos contó algo —dije.

—No creo —dijo Aslamim—. Y es la única que tenemos, hay que hablar con Antonio hoy mismo.

El Restive cierra a las ocho, y son las siete y media.

—Ya lo sé —dije—. Voy para allá.

Salí. Palpé mi bolsillo, saqué un fajito de billetes, los conté y paré un taxi. Me recliné en el asiento y dije sin mirar al chofer:

—Al Banco restive en Bartolomé Mitre y Esmeralda.

Cualquiera hubiese pensado que yo era un gran accionista camino a cerrar una operación.

Cuando bajé del taxi, con solo mirar tras el vidrio del banco, quedé patitioso: Antonio estaba en su ventanilla, trabajando.

Entré con los ojos duros.

Rafael me dijo:

—Ahí lo tenés a tu amigo, ya se recuperó. ¿Qué venís a pagar?

—La luz —dije—. Vengo a pagar la luz.

—Bueno —dijo Rafael—. Dame la boleta.

Metí la mano en el bolsillo y, sin demasiado disimulo, dije:

—Me la olvidé.

—¿Y? —preguntó Rafael.

—¿Qué tal, Antonio? —saludé y agregué a Rafael—. Estaba con un amigo en un bar, dejé la mochila ahí, con la boleta adentro. Es *La Opera*, en Corrientes y Callao, ¿te parece que si voy a buscarla y vuelvo, llego antes de que cierren?

—No —dijo Rafael. Miró el reloj— ya cerramos.

Me despedí y salí. A las ocho y media, Antonio estaba en bar.

Aslamim le preguntó antes que yo:

—¿Qué pasó? ¿Por qué volviste al trabajo?

—Se acabo —dijo—. El gerente prefiere la culpa al desprestigio. Hasta el momento, confiábamos en que los ladrones no supieran lo que tenían entre manos, entonces bastaba con buscarlo. Pero ahora es obvio que querían robar el sable. Lo van a cuidar, lo van a esconder. Para encontrarlo, hace falta informar a la policía.

—¿Te abris, entonces? —pregunté.

—Nos abrimos, todos, ustedes también —dijo.

Para no discutir, dije:

—De todos modos, intercambiamos datos. Como muestra de buena voluntad, empiezo yo: el profesor de *Matemáticas* está implicado.

—¿Qué?

—Así nomás. Pero yo creo que no es importante su participación.

—¿Por qué? —preguntó Antonio.

—Antes de que des tu explicación —dijo Aslamim—. Déjame decir algo: yo también creo que no es importante, pero por otro motivo. Rafaelli jamás se movió de *Matemáticas*, estoy seguro. No le interesa otra cosa. Los cigarrillos, quizás, pero tampoco, porque los fuma sin prestarles atención. El de *Matemáticas* no se metería de lleno en nada que no fuese lo suyo. Y el sable corvo de San Martín no es su materia.

—Claro —dijo Antonio—. El sable es de Historia.

Aslamim y yo nos quedamos igualmente callados. Así como a veces pasa que uno dice la misma palabra al mismo tiempo que un amigo, en esta ocasión hicimos el mismo silencio.

—Pero para un robo hacen falta muchas cosas —siguió Antonio—. Él podría estar vinculado a los cálculos matemáticos. También hay que conocería zona.

—¿Qué más? —preguntó Aslamim.

—En este caso —dijo Antonio—. Basta con esas tres cosas: conocer el valor histórico del sable, saber dónde está ubicado, y, bueno, los horarios, la combinación, lo entiendo, hace falta que alguien saque los números. Pero ¿la zona? Basta con saber en qué pared está el sable, dónde está el banco.

—Es cierto —dijo Antonio—. Sobre todo habría que tener conocimiento

histórico, para saber qué fue esa casa antes de ser banco.

Me agarré la cara, más precisamente el mentón.

—Bueno —dijo Antonio—. ¿Y por qué piensas entonces que no es protagónico el papel del de Matemáticas, en caso de que esté implicado?

—No sé —dije—. Ahora no sé nada. Entre vos y Aslamim dijeron tantas verdades que me confundieron. Creo que puede ser tan importante como el de Geografía y el de Historia.

—Telepatía —dijo Aslamim.

—No entiendo —dijo Antonio.

Sin aclararle, pregunté:

—¿Qué puede tener que ver Mendoza con todo esto?

Ni Antonio ni Aslamim contestaron. El mozo se acercó y preguntó si queríamos algo más. Aslamim pidió un submarino, yo un té y Antonio un café. Cuando el mozo se fue, Antonio me miró y dijo:

—Los Andes.

Todavía nos recuerdo a los tres. Aslamim detrás de su alto vaso de chocolate, yo parapetado tras mi taza y Antonio acoplado a su pocillo: los tres líquidos humeando, y afuera el peor frío de Buenos Aires. Mirándonos entre las cortinitas de humo; son esos momentos en que todo es posible y terrible. Y Aslamim soltó una frase que habíamos escuchado doscientas mil veces, quinientas mil veces, que si nos dieran plata por cada vez que la escuchamos seríamos todos millonarios, pero que a mí me pareció una primicia, como cuando escuché el himno cantado por Charly García. Aslamim dijo:

—San Martín cruzó los Andes.

A los tres nos parecía ridículo, pero la única vinculación entre el sable corvo y Mendoza, era el cruce de los Andes. Había que averiguar si el viaje del de Matemáticas era cierto. Eran las once y Aslamim y yo teníamos que volver a nuestras casas. Ya habíamos pasado una noche afuera y no queríamos regresar tarde. Además, por mucha excitación que hubiera, a esa hora ya estábamos sintiendo la anterior noche sin dormir.

—Si se va realmente a Mendoza, lo seguimos —dije.

—¿Cómo? —dijo asustado Aslamim. Y lo mismo Antonio con la mirada.

—Inventamos algo —dije desesperado—. Alguna investigación, mentimos en el colegio, mentimos en nuestras casas, y nos vamos.

Yo estaba realmente ansioso por irme, por irme de todos lados.

—Se te termina la semana en Venecia antes —dijo Aslamim—. Yo no te sigo.

—Vamos yendo —dije—. Si me quiero ir sólo a Mendoza, es necesario que haga buena letra con mis padres.

Y salimos del bar.

Nos despedimos. Antonio también se despedía de la aventura. Nos pidió que lo llamásemos si sabíamos algo más. Aunque no lo dijera... creo que Aslamim estaba resentido por mi decisión de irme a Mendoza a toda costa, aún prescindiendo de él. Y lo cierto es que la idea era absurda.

Llegué a casa. Cristina y mi padres dormían. Me tiré en mi cama y cerré los ojos, con la luz prendida. Me vino un mareo terrible, porque una noche sin dormir es para mí lo que imagino debe ser una borrachera. Cuando se me pasó el mareo, llegó un dolor de cabeza. Apenas amenguó el dolor de cabeza, pensé en levantarme para apagar la luz.

Me desperté mecánicamente a las seis y media de la mañana. Viernes 22 de julio. Salí a correr. A la segunda vuelta al parque supe que para mí el caso había terminado. No me podía ir sólo a Mendoza o donde fuese. ¿Qué iba a hacer? No podía seguir sigilosamente a nadie. En dos días se me acababa la estadía en Venecia y Aslamim, por muy entusiasmado que estuviera, no había cambiado al punto de seguirme en esta odisea hasta el final. De todos modos, había logrado mucho: de la nada, conseguí sospechosos, descubrí el móvil del robo y me hice de un billete robado. Había tenido algo más que un gran recreo, algo más poderoso que una escapada al Rosedal: había salido realmente de la escuela, de las rabonas y de los recreos.

Al recurso del riesgo hay que saber encontrarle límites. Uno debe saber que los saltos ornamentales que desde un trampolín altísimo pueden convertirnos en héroes delante de cien chicas en malla, pueden depararnos una muerte de estúpidos si la pileta está vacía.

Yo era un estudiante al que le habían salido bien un par de impulsos y movimientos arriesgados, no un motociclista desprejuiciado.

Quedaba de recuerdo y testimonio, enorme, el billete robado de quinientos mil australes para guardar en un bolsillo de cristal, como honorarios pagados por no se quién a un detective amateur. Ahora me tocaba volver a lo de siempre y, lo que no era poco, mantener mi segundo combate con el Cuervo. Miré el billete con tristeza y pensé que no existían los talismanes.

Tilt

Pese a las justificaciones y resignaciones, y a la sana aceptación de mi vida cotidiana, lo cierto es que una vez abandonado el caso quedé como los flippers cuando hacen «tilt». Detenido, suspendido, congelado. Imagino que ustedes estarán más interesados en saber cómo terminó todo aquel asunto del Restive y el sable que en mi regular concurrencia a la escuela a partir del día de mi renuncia a la investigación. Pero tengo ganas de contarles que el alejamiento del enigma me sumió en una existencia especialmente sobria. Ir al secundario, charlar con Aslamim, merendar, mirar la tele o ir al cine, dormir. Como no quería ver al Cuervo hasta el día del desafío, dejé de ir a *FlashBack*. La relación con Cristina se mantuvo en el hibernadero de la indiferencia; los saludos de rigor y ni una palabra sobre la carrera. Hacía esfuerzos para creer que era yo el enojado con ella. La miraba deseando que me pidiera perdón para por fin acariciarle el pelo, consolarla y ser su verdadero héroe. Los hermanos no pueden quererse como novios, pero muchas veces se pelean como esposos.

Al poco tiempo llegó el suplente de Historia, avanzamos en el programa y se acabaron los esclavos. Todo este vertiginoso retorno a la normalidad era para mí, paradójicamente, como un licor con el cual olvidar mis momentos de gloria. Si hubiese tratado de reemplazar la emoción del caso Restive con algún otro estímulo, solo hubiese muerto de nostalgia; en cambio, el efecto somnífero de la monotonía me ayudaba a digerir mi decisión de abandonar la búsqueda. Pues bien, no pude vivir el final de esa historia, pero nadie me va a privar del placer de contárselas.

A los seis días de mi renuncia al caso, la noche anterior a mi carrera con el Cuervo, a eso de las ocho y media, un llamado telefónico interrumpió el mejor capítulo de El agente 86, que estaba disfrutando cómodamente despatarrado en el sofá, en calzoncillos y comiendo chizitos. Mis padres estaban trabajando y mi hermana estudiando en su pieza, me levanté de mala gana y, sin bajar el volumen de la tele, mirando la pantalla de reojo, atendí el teléfono.

—¿Hola? —dije.

—Hola, Miguel Ángel —contestó la voz de Antonio.

—Esto no es un contestador automático —dije con voz mecánica—. Usted está hablando con el auténtico Tognini.

Antonio se rió y dijo:

—Hoy a la noche se entrega el sable.

—¿Qué? Espera.

Apagué la tele justo cuando Maxwell y el jefe entraban al Cono de Silencio.

—Te escucho —dije.

—No te voy a contar nada por teléfono —contestó Antonio—. Vos y Aslamim

están invitados a la ceremonia donde el señor Porta entregará el sable a las autoridades del *Instituto Sanmartiniano*. Es a las 9 en el *Hotel Figueroa*, en la esquina de Florida y Corrientes.

Corté y llamé a Aslamim. Le pasé el dato. A las nueve estuvimos los dos en la puerta del *Hotel Figueroa*. Flor de hotel. Un portero nos preguntó quiénes éramos.

—Miguel Ángel y Guillermo —dije.

El portero nos miró sin interés ni ganas de permitirnos pasar.

—Aslamim y Tognini —dijo Aslamim.

Entonces se abrió la cara del portero, hizo una leve reverencia y nos invitó:

—Pasen.

Entramos por esa alfombra roja acolchada y nos dirigimos a la escalera que conducía al salón de actos.

—Tendríamos que haber traído corbata —dijo Aslamim cuando divisamos los primeros fracs.

—O barba —sugerí yo.

En el salón, al lado de una mesa con canapés de palmitos y arrolladitos bañados en chocolate, divisamos a Antonio. Más lejos, atacando una jarra de jugo de naranja, sonreía el señor Porta.

Antonio vino hacia nosotros con los brazos abiertos. Nos saludamos y fuimos hacia la mesa de los sandwiches de miga simples, donde había menos gente.

—Bueno —le dije a Antonio—. Hablá.

—Sírvanse un sandwichito —sugirió Antonio—. Es una historia larga.

Aslamim capturó uno de jamón y queso, yo solamente me serví un vaso de agua mineral. Antonio comenzó:

—En el último encuentro les dije una pequeña mentira, y ahora voy a remediarla con una gran verdad. La mentira fue que abandonaba la búsqueda del sable; y la verdad, que solo ustedes van a saber, es cómo se resolvió esa búsqueda.

La mesa donde estábamos se vació. Una señora se acercó en busca de algún bocadillo extravagante, pero al ver solo discretos sandwiches de miga, se alejó decepcionada. Antonio hizo una pequeña pausa para que apreciáramos el armado de su frase y continuó:

—Después de seguimientos, registros de pasajes de trenes y de aviones (ayudado por las conexiones empresarias del señor Porta; no saben lo rápido que puede averiguarse todo por computadora), descubrí que el viaje de Rafaelli a Mendoza era cierto. Había sacado un pasaje de tren. Yo tenía muchas dudas sobre la implicancia de Rafaelli, pero como era mi única pista y en Buenos Aires no encontraba nada, decidí arriesgarme a perder el tiempo en otro lado. Tomé su mismo tren. Cuando llegamos a Mendoza, lo seguí. Se hospedó en un hotel de la capital: Viñas. Los dos primeros días pensé que me había equivocado. Se anotó en un tour de excursiones de la empresa

Mendosol y paseaba como un turista más. Desayunaba, visitaba sitios intrascendentes, volvía al hotel, jugaba al billar, hablaba con los demás turistas (incluso comenzó a acercársele a una mujer madura) y se iba a dormir cansado de los paseos, como todos, como yo. El tercer día a la mañana, ya tenía preparada mi valija, descreído, para volverme a la capital en el tren que salía a las siete de la tarde. Para ese día había organizada una excursión al cerro Los Penitentes. Es un cerro con forma de catedral gótica, y nieve, donde los que no tienen nada que hacer van a esquiar, y los que aún tienen menos que hacer van a mirar cómo esquían los primeros. Para eso hay instaladas canchas (¿o pistas?) de esquí y aerosillas. El cerro tiene una altura de 4351 metros sobre el nivel del mar y...

—Para —lo interrumpió Aslamim—. ¿Vas a darnos una clase de geografía?

—De geografía y de historia —aseveró Antonio.

—Vamos al punto —le pedí.

El salón quedó en silencio. Por parlantes, una voz anunció que «en sencillo pero emotivo acto» el señor Porta entregaría el sable. Antonio nos desplazó hacia un rincón oscuro.

—El cerro *Los Penitentes* es importante —continuó—. Según el folleto que me dieron «está enmarcado en un panorama de excepcional belleza», pero el cerro en sí es roca pelada y nieve. Bien, la excursión salía del hotel a las once de la mañana y regresaba a las cinco y media de la tarde. Yo prefería pasar mi último día en Mendoza, recorriendo la ciudad, que entre tantos paseos no había podido conocer. Con ese propósito, las valijas ya arregladas en mi habitación y el desayuno consumido, salí del hotel a las diez de la mañana. Rafaelli estaba en el umbral del hotel conversando con tres hombres y la mujer madura. Charlaban tranquilamente, moviéndose en el lugar para no tomar frío y mirando la calle despoblada. De pronto por la misma calle, hasta el momento desierta, aparecieron dos hombres; ambos miraron a Rafaelli y uno de ellos alzó la mano. Rafaelli saludó a los dos con un ademán de reconocimiento; la mujer y los tres hombres que charlaban con él, no los saludaron. Los dos hombres siguieron de largo. Me quedé quieto, abandoné mi paseo por la ciudad. ¿Quiénes eran esos dos hombres que Rafaelli había saludado y los demás no? No eran del tour ni el hotel. Yo podría haberme quedado tranquilo, no había nada de extraño en ese saludo y tenía el pasaje a Buenos Aires. Pero, no sé, esos dos me alteraron.

Antonio estaba hablando despacio para no contrastar con el silencio del salón, cuando lo interrumpí con voz destemplada, un anciano se dio vuelta y me miró reprobadoramente.

—¿Cómo eran esos dos? —pregunté.

—Bueno, uno era alto —dijo Antonio— muy delgado, de pelo rubio clarísimo y cara inteligente.

—Feuer —dio Aslamim—. Ulises Feuer.

—Yo te voy a decir cómo era el otro —le dije a Antonio bajando la voz—. Petiso, de pelo muy corto y bigotito.

—¡Exacto! —saltó Antonio, provocando otra mirada amonestadora del anciano.

—¿Cómo saben? —preguntó Antonio.

—Seguí contando —dije con displicencia.

—Entré al hotel, subí a mi cuarto y me dije: «Voy a darle una oportunidad más a Rafaelli de demostrar que está implicado. Durante el paseo, lo abordo y le hablo. Si no descubro nada, me vuelvo». Dejé paga la cuenta del hotel y me anoté en la excursión. Si descubría algo, perdía el pasaje en tren. Subimos al micro, Rafaelli no me dio oportunidad de sonsacarle nada. El viaje en micro lo compartió con la mujer madura, y el viaje en el par de aerosillas hasta la cima del cerro, también.

El acto formal había terminado. El gerente estaba siendo saludado y palmeado por amigos y notables. La gente se dispersó por todo el salón y nos vimos rodeados. Antonio hizo un ademán de despedida al señor Porta, quien contestó con una sonrisa y me echó una mirada enigmática, entre cómplice y agradecida, que representó toda la recompensa a mi gran ayuda. Los tres salimos del hotel y agarramos por Florida derecho, para el lado de Santa Fe.

—Llegamos a *Los Penitentes* —dijo Antonio a plena voz, en el aire frío de Buenos Aires de julio—. Subimos a las aerosillas hasta el complejo de pistas de esquí. Allí el guía nos mostró las caras que, a lo lejos, formaban las rocas de las montañas, nadie veía nada, pero todos asentían.

—Como con las constelaciones —opinó Aslamim—. Ésos que te dicen: «mira como se ve clarito que esas estrellas forman un oso», y vos sabes que no lo ve ni el que te lo muestra.

—Lo mismo —asintió Antonio—. El guía éste se sabía de memoria todas las constelaciones rocosas y nos aburría mortalmente, pero tuvo una frase que me electrizó, dijo: «No sé exactamente por dónde, pero *Los Penitentes* fue uno de los puntos que atravesó San Martín en el cruce de los Andes». Luego de esa información, que para la mayoría pasó desapercibida, nos llevó a la confitería del lugar. Rafaelli y su compañera compartieron la mesa y se tomaron las manos. Yo me senté sólo y pedí un chocolate caliente. Me hubiera gustado compartirlo con ustedes, se los juro. Cuando cada cual hubo engullido lo suyo, el guía nos invitó a salir, para mostrarnos no sé qué cosa. Rafaelli se disculpó ante su acompañante llevándose una mano a la cintura: que hiciera ella el paseo, a él le dolía la espalda y prefería esperar en la confitería. Ella quiso acompañarlo en su desgracia, pero él le pidió que se divirtiera. Cuando la mujer por fin accedió a divertirse y salió de la confitería tras el resto de los turistas, me apropié para abordar a Rafaelli en su mesa. Pero tampoco me fue posible. Ni bien el grupo de turistas se alejó lo suficiente, Rafaelli levantó la mano y

llamó al mozo. Pagó de inmediato la cuenta y, con la cintura en perfecto estado, salió de la confitería, caminando en dirección contraria a los turistas.

Sin que Antonio parara de hablar llegamos a esa plaza hermosa que hay en Florida y Santa Fe. Aunque no era muy tarde, diez y cuarto de la noche, el frío la había dejado desierta. No sentamos los tres en un banco, Antonio en el medio; la luz más cercana estaba a unos veinte metros.

—Yo caminé en la misma dirección de Rafaelli. El cerro *Los Penitentes* no es un dechado de civilización. Salvo el sector de esquí, aerosillas y confitería, el resto es un descampado nevado, rocoso y desconocido. Por ese desierto blanco y gris, que los guías no desaconsejan porque a nadie se le ocurriría meterse, se metió Rafaelli.

—Mirámelo vos a Rafaelli —dije— con sus tres atados diarios.

—Y no sólo mostró resistencia física, también coraje —dijo Antonio, incluyéndose en el reparto de virtudes—. El guía había hablado de pumas. Pumas que, según él, rehuían al hombre. Me costaba creerlo. Rafaelli chapoteaba en la nieve, agarrándose a las salientes de roca para no caer, muy atento a cada paso. Tan atento que no me veía ni escuchaba.

'NOS ADENTRÁBAMOS EN
ESA, NADA BLANCA,
PARECÍAMOS ALPINISTAS
PERDIDOS



YO, MÁS ATENTO A ÉL
QUE A MI PASO, LIGUE
TROPEZONES MEMORABL



LUEGO DE UNA LARGA CA
NATA, LLEGÓ A UN CLARO
NIEVE RODEADO DE Roca
LOS ESPERABAN LOS HOMB
QUE LO HABÍAN SALUDADO AN

—Feuer y Bárrales —ilustró Aslamim.

—Al tal Feuer ya me lo nombraron —dijo Antonio—. ¿Y Bárrales, quién es?

—Vos nos dijiste una pequeña mentira —dije.

—Tenemos derecho a guardar un pequeño silencio hasta que termines tu relato.

—Ya entiendo lo de Bárrales —dijo Aslamim—. Necesitaban alguien que conociera el lugar. Un geógrafo que conociera la zona, eso era lo que le tocaba específicamente. Tenía que informarles sobre la fauna, nieves eternas, deshielos o peligros, se metían en un lugar deshabitado. Aunque todavía no sabemos para qué. ¿Para qué, Antonio?

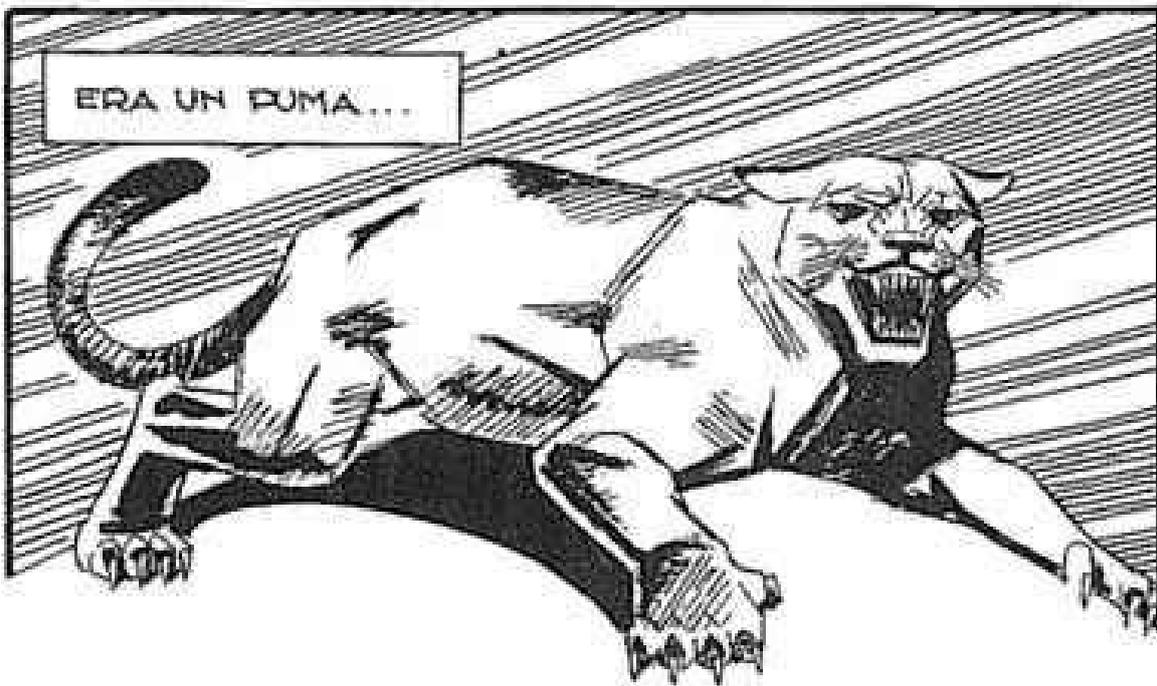
—Feuer era el que tenía, bajo el brazo, un objeto alargado cubierto por un estuche de lona —dijo Antonio por toda respuesta—. Bárrales sostenía una pala. Me pude acercar lo suficiente como para ver a Bárrales cavar y a Feuer mover los labios. Escuché algunas palabras sueltas de Feuer, pero una ventolina ensordecedora me privó de lo que parecía un largo discurso. Bárrales, siempre cavando, y Rafaelli, lo escuchaban en silencio. Luego, quedaron los tres callados. Bárrales sé dio por contento con la profundidad del pozo, Feuer dejó caer la funda y, los cuatro, Feuer, Rafaelli, Bárrales y yo, contemplamos anonadados el sable corvo del general San Martín que el profesor de historia desenvainó e hizo brillar contra el sol. Feuer envainó otra vez el sable, lo cubrió con la funda y lo dejó caer en el pozo. Pacientemente, Rafaelli llenó de nieve la morada del sable. Con las manos a la espalda y sin hablar, los tres emprendieron el regreso al sector civilizado. En el camino, Bárrales dejó la pala en la profunda cavidad de una roca. Corrí a buscar la pala y me dirigí al punto clave. Aunque había tabulado a ojo el sitio, ahora no podía encontrarlo, la nieve era toda igual y no había huellas del pozo. Comenzó a nevar, temí que me fuera imposible dar con el sable. ¿Y vas a creer, Miguel Ángel, perdón, Tognini, si te digo qué pista me reveló el lugar donde estaba enterrado el sable cuando me empecé a desesperar?

—Si te creí todo lo que venís diciendo hasta ahora... —concedí.

—¡Un paquete de cigarrillos con un encendedor adentro! Pero se le había caído, porque no estaba vacío. Afortunadamente, esta vez no volvió a buscarlo. Cavé y cavé durante un buen rato. Cuando apareció la empuñadura del sable asomando apenas por la funda de lona, mi ropa estaba húmeda. Empuñé el sable corvo de San Martín; no pude evitar sentirme en ese instante un granadero perdido en el tiempo. No pude evitar echar un vistazo a los Andes e imaginarme en una gran epopeya, completamente desinteresado del resfrío que me aguardaba. Con el sable en la mano y bajo la nevada, me pregunté cómo volver a la civilización. No podía aparecer en la confitería con el sable en la mano, porque podían estar aún los tres... profesores, festejando el fin de su rara ceremonia. Miré mi reloj, eran las cuatro y media, recién a las cinco podía estar seguro de que Rafaelli había partido con el tour rumbo al hotel.

Y eso, si no tenía la desgracia de que al guía se le ocurriera esperarme. ¿Y los otros dos? Tenía que regresar a la ciudad sin cruzármelos. Ascendí por entre las rocas, la nevada me hacía resbalar aún más que a la ida, ¡usaba el sable de bastón! Cuando se hicieron las cinco, oí un rugido.

—¡No! —gritó Aslamim.





Con nuevo impulso, reemprendí el ascenso —continuó—. Utilizar el sable de bastón no me parecía ya tan extraordinario. Vi una aerosilla, si caminaba unos metros más podrían verme a mí, a un kilómetro estaba la confitería. Ahora estaba prácticamente en la cima del cerro, y a su pie se veía la carretera que llevaba a la ciudad. No podía bajar caminando. Ya habían pasado unos minutos de la cinco.

—¿Por qué no podías bajar a pie? —pregunté.

—Era una casa empinada y de piedra. Subirlo resultaba más o menos imposible, pero tratar de bajarlo... te matabas seguro. En un par de aerosillas vi pasar a Rafaelli y la mujer madura. Se iban del cerro, volvían con el tour al hotel. Feuer y Bárrales podían estar en la confitería o haberse ido, el único modo de saberlo era observar la próxima carnada de aerosillas. Los viajes en aerosillas se hacían por grupo de tour, y nunca las ocupaban todas, las últimas quedaban vacías. Noté que las aerosillas pasaban rozando una minimontaña de roca. Si en la próxima tanda no venían Feuer ni Barrales y yo abordaba las aerosillas finales, podía llegar abajo con la seguridad de no cruzármelos. Trepé al sitio y esperé. En el tour que venía no estaban Feuer ni Bárrales, debía intentarlo.

—¿Cómo hiciste para treparte a la aerosilla con el sable en la mano? —preguntó Aslamim.

—En el anteúltimo par de aerosillas dejé el sable, y en el último me colgué yo. Las aerosillas están preparadas para que uno las aborde quietas y se acomode bien. No se les ocurra arrojar de una roca y colgarse de una aerosilla en movimiento. El cable hizo una U casi mortal, el sable se tambaleó y todos los pasajeros pegaron alaridos. Varios se dieron vuelta y me vieron tratando de alcanzar el asiento, escena que multiplicó los chillidos. Por suerte estábamos en pleno cerro, imposible que pudieran verme los cuidadores de la cabina de arriba o abajo. El cable se enderezó, el sable siguió en peligro y la sangre volvió al rostro de los pasajeros. Ahora mi problema era el desembarco, porque ya había varios pasajeros dándose vuelta para insultarme por el peligro que les había hecho correr y, posiblemente, en la plataforma, me acusaran.

—Y con razón —dijo Aslamim—. Si a mí un tipo me jode en una aerosilla, me voy colgado del cable hasta donde esté y lo reviento.

—Era un caso de fuerza mayor —contestó Antonio—. No soy el maniático del cerro. Pero estaba cansado de imaginar escapes, me dije: «Ma sí, que me acusen de colarme en las aerosillas en movimiento, de loco, mientras no me quiten el sable». Pero si me llevaban a la policía en calidad de chiflado, aunque no supieran la historia del sable, podían quitármelo igual. Poco antes de llegar a la plataforma, volví a colgarme del asiento de la aerosilla, esta vez para bajar. El cable nuevamente se combó, me dejé caer sobre la nieve cuando tuve los pies más cerca posible del suelo, los pasajeros chillaron y el sable cayó. Recogí el sable y gané la carretera. Después de

un largo rato de hacer dedo, me levantó un camionero. Preguntó qué llevaba en la funda. Le dije que el parante de una carpa. «¿Un parante corvo?», preguntó el camionero. Antes de contestarle me fijé en la funda, era amplia y no revelaba la curvatura del sable. «¿Es corvo, no?» insistió el camionero. «Puede ser», dije. Cuando recogí mis cosas en el hotel, eran las siete y cinco. Por mucho que me apurara, ya no podía tomar el tren de las siete. Pensé que la hazaña bien justificaba un viaje en avión. Esa misma noche volé para acá.

Eran las once de la noche en la plaza de Florida y Santa Fe, Aslamim y Tognini estábamos anonadados ante el fin de la aventura.

—¿Y por qué mentiste? —pregunté—. ¿Por qué me dijiste que te abrías del caso?

—No podía permitir que me acompañaras —dijo Antonio—. No sabía qué peligros entrañaría la búsqueda. Pensé que fingiendo abandonar, te desalentarías. Aslamim, Tognini, lamento, en serio, no haber compartido con ustedes el episodio de Mendoza, pero los dos fueron imprescindibles para que todo llegara a buen fin. Y ahora, ¿quiénes son Bárrales y Feuer?

—Feuer, nuestro profesor de Historia —dijo Aslamim—. Y Bárrales, el de Geografía.

—¿Y qué hacían ahí? —preguntó Antonio—. ¿Por qué hicieron todo esto?

—Eso es lo que el viento no te dejó escuchar —dije—. Mañana es el desafío con el Cuervo; tengo que irme a dormir.

—¿Quién es el Cuervo? —preguntó Antonio.

Le expliqué brevemente que clase de animal era el Cuervo. Me deseó suerte. Le agradecemos el habernos contado la historia. Nos emocionamos y nos despedimos.

Cuando bajábamos por Florida hacia Corrientes en busca de un colectivo que nos reintegrara a una zona menos turística de Buenos Aires, Aslamim me pasó un brazo por el hombro y dijo:

—Me imagino que no intentarás averiguar cuál fue el discurso de Feuer, ni por qué lo hicieron, ni todo lo que falta. —Y se rió.

—Vaya uno a saber —dije, y agregué—: Ahora sí que Antonio está desligado, ya encontró el sable y le conviene el silencio.

—Se portó muy bien en contarnos la historia —dijo Aslamim—, y del resto —repitió— vaya uno a saber.

Y los dos sonreímos.

Game over

A la mañana siguiente no fui a correr, nunca hay que entrenar el mismo día del desafío. Como venía haciendo desde la noticia del robo al Restive, en la calle pispeé los titulares del diario Mañana. Por supuesto, un recuadro grande y ubicado en el centro, consignaba el encuentro del sable:

ENCUENTRAN AUTÉNTICO SABLE DE SAN MARTÍN

El gerente del Banco Restive, señor Osvaldo Porta, hizo entrega a las autoridades del Instituto Sanmartiniano del auténtico sable corvo del general don José de San Martín (junto a una carta de puño y letra del Libertador) encontrado casualmente en las dependencias de la institución que dirige.

En la primera hora de clase, el preceptor, después de tomar lista, nos informó que lo de Feuer, finalmente, no era hepatitis sino una enfermedad con similares síntomas pero mucho menos grave.

Bárrales concluyó rápidamente su luna de miel. Rafaelli regresó de su paseo. Los tres profesores se restituían al plantel estable. Ese día no tenía Geografía ni Matemáticas, pero sí Historia, en la tercera hora. No voy a aburrirlos con *Educación Cívica* ni con el mediocre partido de fútbol que jugamos en *Gimnasia*. Vayamos directo a la *Historia*.

La cara de Feuer era una cosa muy rara: estaba más pálido que de costumbre pero bronceado. Sólo Aslamim y yo sabíamos que ese tono cobrizo, inaudito en Feuer, se debía a la potencia de los rayos del sol cuando rebotan contra la nieve.

Feuer no dijo una palabra sobre el sable, y habló, sin pausa, del poderío romano. Hasta que un alumno, quizás conocedor de la teoría ya esbozada, preguntó fuera de programa:

—Profesor, ¿qué es eso del sable?

Feuer contestó con los argumentos del diario. Agregó que no era del todo correcto el adjetivo «auténtico», porque el sable conocido hasta ahora también lo era. El alumno quedó conforme. Feuer tomó el libro en el capítulo de los romanos como para ver en qué parte había quedado de la lección, pero yo sabía que estaba turbado y escondía la vista. Antes de que recomenzara, pregunté:

—¿Y desde cuando estaba el sable empotrado en esa pared?

—Y, calcule, desde antes que el general emprendiera el cruce de los Andes —

dijo.

—¿Y en todo ese tiempo, nunca salió de ahí? —pregunté.

—Eso no puede saberse —dijo Feuer.

—¿Y ahora, dónde lo van a poner? —pregunté.

—Posiblemente, en un museo —dijo, no muy convencido.

—¿Y a usted dónde le parece que debería estar?

El profesor me miró extrañado.

—No entiendo la pregunta —dijo.

—El sable corvo, ¿le parece bien que lo pongan en el museo?

—Es mucho mejor que tenerlo en la caja fuerte de un banco, ahí sí que está desubicado —dijo Feuer, ya en tono coloquial.

—No entiendo —mentí yo.

—Digo que un símbolo como ése, un sable invicto, depositario del espíritu de la libertad, no puede estar en un banco al lado del dinero, es una fea combinación.

—Entonces —insistí—. ¿Dónde lo pondría usted?

—Ah —dijo Feuer—. Cómo quiere que lo sepa.

—¿En los Andes? —pregunté.

—¿Cómo? —se quedó tieso Feuer.

—Claro, el general quería mantener el sable invicto, sin saber cuál sería el resultado de la campaña de los Andes. Después, supo y sabemos que triunfó: sería un lindo gesto esconder el sable, para que no esté en la caja fuerte de un banco, en ese límite de nieve donde aún no sabía cómo le iría.

—Sí, sí —se entusiasmó Feuer— sería un lindo gesto.

—Pero robar el sable del museo para hacer eso estaría muy mal —agregué.

—Por supuesto —aseguró Feuer— un verdadero delito.

—¿Y sacarlo de la caja fuerte, para que no esté junto a vulgar dinero? —pregunté.

—Bueno... —dijo Feuer—. Eso sería... incorrecto.

La clase estaba fascinada con el diálogo, podía oír la respiración agitada de Aslamim. Feuer volvió al libro y dijo:

—Vamos a seguir con los romanos.

—Una última pregunta —pedí. Y antes de que me diera permiso, pregunté—: ¿Qué es para usted incorrecto?

Feuer cerró el libro. Se dio por vencido. Me miró, miró a toda la clase. No iba a contestarme, iba a hablar.

—Uno tiene que comportarse correctamente —dijo Feuer—. Realmente creo eso. Uno se pauta determinado tipo de vida y actúa en consecuencia; por lo general, eso es actuar correctamente. Uno no puede vivir de cien maneras. La vida es una, y, para hacerla más larga, conviene elegir un solo camino. En mi caso, ser profesor de historia. Y eso implica estudiar, primaria, secundaria, facultad, profesorado; y

trabajar, enseñar. Y supongamos que habiendo recorrido el camino que nos fijamos, con corrección, incluso con talento, no estamos del todo satisfechos. Uno no está del todo satisfecho.

Esas palabras me sonaban.

—Este sujeto hipotético del que hablamos —siguió Feuer— se dice que básicamente hizo lo correcto, que tal vez la vida no ofrezca más que esa satisfacción incompleta. Sin embargo, un día se topa con un gran descubrimiento. De tanto estudiar, de tanto dedicarse a lo suyo, casi por casualidad, descubre la penicilina o la radiactividad, etc. En mi caso, para usar un ejemplo actual y atractivo, supongamos que, leyendo algunos documentos y asociando con otros, descubro que el sable usado por San Martín hasta la campaña de los Andes, está escondido. Y, para seguir con la noticia del diario, se halla empotrado en una pared que actualmente pertenece a un banco. Entonces, como les dije, considero que eso no es un buen sitio para una espada memorable de la historia. Sigamos suponiendo que, por tanto, quiero sacar el sable de ahí y sé que el camino correcto es dar parte a las autoridades. Y allí surge mi duda, ¿era el propósito de San Martín que su sable quedara al descubierto o prefería mantenerlo oculto, como está el corazón dentro del cuerpo y no fuera, bombeando su mágico poder? Si lo dejo en el banco, se corroe junto al dinero. Si doy parte a las autoridades, queda en una almohadilla como un corazón a la intemperie. Y en ese momento tan grave de su historia, de la historia, el hombre que ha actuado correctamente toda su vida tiene derecho a una licencia poética. ¡Es que el descubrimiento es de su materia pero la excede! Tiene derecho a inventar una pauta nueva. A realizar algo inesperado para él y para todos. Un hecho que lo premie, que le aporte esa gota de satisfacción faltante. Su propio cruce de los Andes. Para seguir con la metáfora, este hombre se dice que el mejor lugar para guardar el sable es un pozo bien profundo en la cordillera de los Andes.

Para eso es necesario sacarlo de la caja fuerte y se hace imprescindible la ayuda de otros hombres. Hay que anotar horarios de los guardias del banco, saber a qué lugar de los Andes se va. Necesita ayuda de otros hombres dedicados a lo suyo, correctos como él y a los cuales también les falta esa chispa única.

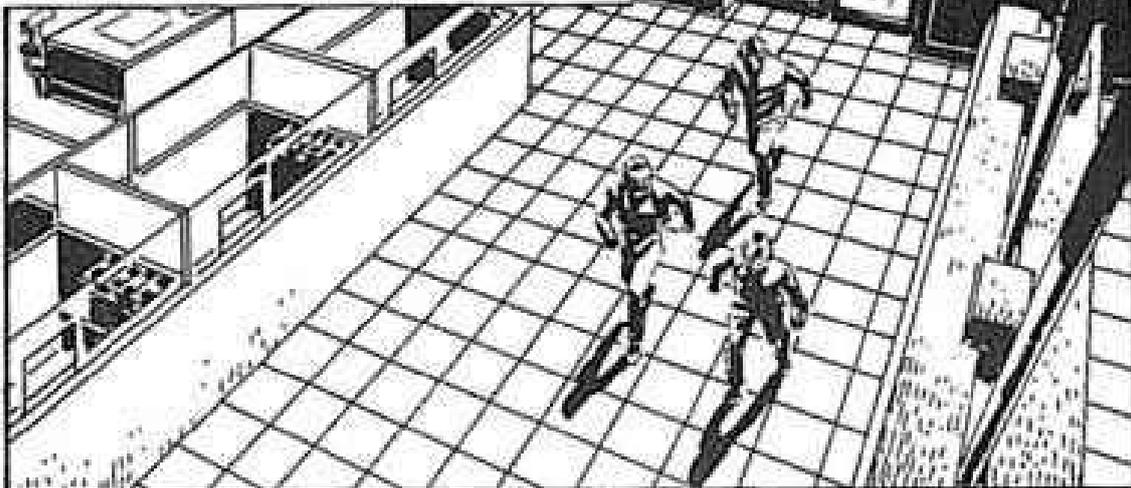
—Claro —interrumpí—. Que hicieron la secundaria, la facultad, y...

Quedé callado cuando noté que toda la clase, y el profesor, me miraban. Realmente había interrumpido. Dejé seguir a Feuer.

DOS O TRES QUE SABEN DEL TEMA LLEVAN A CABO LA TAREA DE RESCATAR EL SABLE.



EL BANCO TIENE UN SISTEMA DE SEGURIDAD ANTICUADO E INEFICAZ Y NO LES CUESTA EJECUTAR EL PLAN...





—No hay mucho más —dijo—. El resto pueden imaginarlo.

«Pero son expertos en el tema del sable, los números y los Andes; no en el robo del dinero —siguió Feuer—. Supongan que, con completa ingenuidad, uno de estos profesores... bueno..., suponiendo que los otros también sean profesores... cambia dos billetes robados por los dos comunes que tenga más a mano, porque necesita comprar urgente el pasaje a los Andes. Bueno. Lo hacen. Ya está. Después, la vida, más milagrosa que los milagros, quiere que las cosas sigan su curso extraño e inentendible. Ellos ya han actuado y están satisfechos. Y la última puntada del hecho extraordinario del hombre correcto es, una sola vez, contarlos».

Insert coin (La última ficha)

El Cuervo me esperaba junto a la fuente de los patos del Parque Centenario. Solo dos de la barra estaban con él, no todos los lugartenientes del Cuervo soportan la atmósfera exterior a *FlashBack*, sus bránqueas no se los permiten. Resultaba gracioso ver al Cuervo sin su campera de cuero, vestía un buzo negro y pantalones jogging, también negros. No tenía puesto un cigarrillo en la comisura del labio, el frío le hacía echar humo por la boca, salticaba en el lugar; aunque ridículo, tenía algo de imponente. Yo llegué al duelo con un buzo blanco y shorts azul marino, acompañado de Aslamim. Eran las tres de la tarde.

Cristina estaba en casa, sabía del desafío y de lo que se jugaba; sin embargo, no se dio por enterada ni me deseó suerte. Largamos de la esquina del Instituto Pasteur, era a tres vueltas.

En esquinas estratégicas, se ubicaban Aslamim y los lugartenientes del Cuervo para controlar que no cortáramos camino.

A diferencia de lo que yo pensaba, el Cuervo, en vez de comenzar a correr rápido y atolondrado como un animal, imitó mi trote parejo. De todos modos, en la primera vuelta ya le había sacado buena ventaja. Y fue ahí, estando a buena distancia e iniciada la segunda vuelta, cuando la extraña capacidad resolutive que poseo al correr hizo que me surgiera una idea por completo ajena a mi normal comportamiento. Se me ocurrió que si el Cuervo había sido capaz de aceptar mi desafío, de entrenar y animarse a jugarme en un campo para él desconocido, tal vez no fuera la peor de las personas, tal vez hubiese una o dos personas antes en la escala mundial de malas personas. Y si mi hermana había aceptado sus fichas, ¿a qué estaba yo corriendo para que no la invitaran a bailar? Pues estaba claro que, pese a nuestra apuesta, lo del Cuervo sería finalmente una invitación, porque mi hermana no había dado su consentimiento. Pensé también que si había aceptado las fichas del Cuervo, el siguiente paso tendría que resolverlo sola (a no ser que peligrara su integridad física). Y por último y más importante, no podía imaginarme *FlashBack* sin el Cuervo.

Fue así que a la vuelta y media abandoné la carrera sin dar explicaciones a mi oponente. Pasé por la esquina de Aslamim, lo tomé por el hombro y lo invité a cruzar la calle. Ahora sí el Cuervo corrió como un desesperado, y me preguntó si me retiraba. De mala gana, le dije que sí.

Aslamim se metió las manos en el bolsillo, le saqué la mano del hombro y lo imité.

—Le ganabas fácil —dijo—, ¿qué te pasó?

—Es largo de explicar. Pero fundamentalmente, no sé.

—¿No te querés acostumbrar a ganar?

—Vos sabes que yo tengo teorías muy sólidas acerca de los que ganan y los que

pierden, pero se me están resquebrajando. Creo que voy a ponerme a estudiar la teoría de la relatividad.

—¿Einstein? —preguntó Aslamim.

—Podría ser —dije—. Mañana tenemos física, voy a preguntarle al profesor.

—Física —resopló Aslamim—. ¡Qué plomo! ¿Qué podemos inventar con Física?



MARCELO BIRMAJER (Buenos Aires en 1966). Ha publicado, entre otros títulos, las novelas *Un crimen secundario* (1992), *El alma al diablo* (1994) y *Tres mosqueteros* (2001), los relatos *Fábulas salvajes* (1996), *Ser humano y otras desgracias* (1997), *Historias de hombres casados* (1999), *Nuevas historias de hombres casados* (2001) y *Últimas historias de hombres casados* (2004) y la crónica *El Once, un recorrido personal* (2006). Es coautor del guión de la película *El abrazo partido*, ganadora del Oso de Plata en Berlín 2004 y nominada al Oscar por la Academia Argentina de Cine.

Ha escrito en las revistas *Fierro*, *La Nación*, *Viva* y *Página/30*; en los diarios *Clarín*, *La Nación* y *Página/12*; en los españoles *ABC*, *El País* y *El Mundo* y en el chileno *El Mercurio*. Traducido a varios idiomas, fue honrado con el premio Konex 2004 como uno de los cinco mejores escritores de la década 1994-2004 en el rubro Literatura Juvenil. En 2004, *The New York Times* lo definió como uno de los más importantes escritores argentinos de su generación.